

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**PADRE FERNANDO DE HUIDOBRO:
JESUITA, CAPELLÁN LEGIONARIO
Y SANTO**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus primeros años.
El Cristo de Limpias.
Noviciado.
Apostolado.
Profesor.
Con los obreros.
El incendio.
Expulsión de los jesuitas.
Sacerdote.
Voluntario a la Legión.
Caridad con todos.
El crucifijo y la medalla.
Servicio a los legionarios.
Caballeros con los vencidos.
Defensa de los prisioneros.
Respondiendo críticas.
Salvando almas.
Era un valiente.
Herido en la pierna.
Predicando desde la trinchera.
Ofrecimiento de su vida.
Las minas.
Combates en el Jarama.
Navidad y Semana Santa.
Su muerte.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro vamos a exponer los rasgos más importantes de la vida del padre Fernando de Huidobro y Polanco, jesuita y capellán legionario en la guerra civil.

Al comienzo de la guerra se ofreció de voluntario para asistir a los soldados como capellán y fue enviado a la legión, concretamente a la cuarta Bandera, donde brilló ante todos por su valentía en atender a los heridos. Llevaba siempre consigo en una cajita a Jesús Eucaristía, que era su fuerza espiritual. También llevaba una medalla de las llamadas milagrosas en honor de la Virgen. En sus cartucheras no llevaba balas, solo llevaba medallas, escapularios, detentes y otros objetos religiosos para repartir entre los soldados.

En todo momento trataba de ayudar a los legionarios en sus necesidades básicas y así se hacía su amigo y conseguía que se confesaran y pudieran comulgar. Con los enemigos también usaba de caridad atendiéndolos a bien morir y a curarlos, si estaban prisioneros, exigiendo que no se los asesinara sin previo juicio, para evitar excesos que se habían cometido y podrían volver a cometerse. Por este motivo escribió al Alto mando de guerra para denunciar algunos atropellos con los prisioneros y consiguió que le dieran la razón y así pudo salvar la vida de muchos prisioneros, que fueron bien tratados por su intervención.

En las páginas siguientes encontraremos hechos concretos de su arrojo y valentía y de su gran espíritu pastoral, tratando siempre del bien espiritual de todos, pensando en su salvación eterna. Por eso, cuando alguien le sugirió que llevara siempre una pistola para defenderse, le contestó: *Yo no he venido a matar, sino a salvar almas*. Y pensando en la salvación eterna de los soldados que Dios le había encomendado, ofreció su vida por ellos y Dios la aceptó. Podemos decir que no solo fue un capellán bueno simplemente, sino un santo y héroe, que merece ser recordado por las generaciones venideras como un ejemplo de entrega y amor a todos sin excepción y de preocupación por lo único realmente importante en la vida: la salvación eterna.

SUS PRIMEROS AÑOS

El padre Fernando de Huidobro nació en Santander el 10 de marzo de 1903 y fue bautizado el día 12 en la parroquia de la Anunciación. Al año siguiente, el 20 de abril de 1904, recibió el sacramento de la confirmación por el obispo de Santander, Vicente Santiago y Sánchez de Castro. Su padre José de Huidobro y Ortiz de la Torre, ingeniero de minas, diplomado en la escuela de minas de Lovaina (Bélgica). Su madre fue María Polanco y Bustamante. Ambos tuvieron nueve hijos, de los que dos (Ignacio y Fernando) fueron sacerdotes jesuitas y María del Carmen y María Teresa fueron religiosas Esclavas. A él le pusieron los nombre de Fernando José María Melitón.

Su padre era un trabajador infatigable y todos los días iba a la primera misa a su parroquia. Su madre iba todos los días a recibir la comunión y hacer una visita al Santísimo en la parroquia. Rezaba el rosario diario dos o tres veces para que ninguno de sus hijos se quedase sin él, pues nunca coincidían todos. Normalmente vestía de negro y pobremente. Jamás asistía a espectáculos. Cuando su hijo Rafael en 1925 tuvo un horrible accidente de aviación en Melilla, se trasladó a esta ciudad desde Madrid y estuvo tres meses sin separarse de la cabecera de su hijo. Cuando en la guerra civil perdió a tres de sus hijos, repetía en sus cartas: *Hágase la voluntad de Dios.*

Contaba Fernando cuatro años, cuando su padre aceptó del difunto marqués de Comillas, don Claudio López Bru, presidente de la compañía Trasatlántica, hacerse cargo de la contrata formalizada por la referida compañía con el Gobierno para la construcción del puerto de Melilla. El 7 de marzo de 1908 toda la familia se fue a vivir a Melilla. Allí siguieron asistiendo diariamente a misa, siguieron rezando el rosario diariamente y por las tardes o noches leían el Año cristiano, el mensajero del Corazón de Jesús, el Catecismo de Mazo y, en el mes de mayo, cumplían con las devociones de la Virgen María.

Las obras de construcción del puerto se suspendieron en el mes de marzo de 1910 y todos tuvieron que regresar a la península en diciembre de 1911, pero en vez de ir a Santander donde antes estaban viviendo, fueron a instalarse en Madrid.

Fernando, en el Instituto donde estudiaba, sacaba siempre las notas de sobresaliente y en algunas con matrícula de honor. Siempre estaba en el primer puesto. A pesar de que en el colegio no había clase de religión ni se enseñaba el catecismo y los alumnos no eran ejemplares, él siempre se mantuvo con una conducta intachable. Nunca lo sorprendieron con una palabra soez, ni tomar parte en obscenas conversaciones, ni estuvo metido en grupos de jóvenes violentos.

Cuando recibía alguna propina para sus juegos o golosinas, las compartía con los pobres.

Su padre, estando en Solares, cerca del balneario de Liérganes en septiembre de 1916, tuvo un fuerte ataque de uremia y su salud empeoró. Su esposa se fue rápidamente con sus cuatro hijos pequeños y llegó con las justas para verlo morir, después de recibir los últimos sacramentos y hacer a su esposa las últimas recomendaciones. Fernando tenía entonces 13 años. Su hermano Ignacio dice en el proceso sobre su beatificación que la muerte de su padre le hizo reflexionar e influyó mucho en su vocación. En 1918 hizo los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola en la iglesia de los padres jesuitas de la calle de la Flor de Madrid, reforzándose así su idea de ser religioso y miembro de la Compañía de Jesús.

Cuando le comunicó su idea a su madre, ella le aconsejó esperar, porque todavía era muy niño. Él exigió estudiar la carrera de abogado, porque, no sirviéndole, era lo prudente, decía, por ser la más corta y más barata. Terminó un curso preparatorio para los estudios de Derecho y le planteó de nuevo la cuestión de su vocación a su madre. Asistió el 30 de mayo de 1919 en el Cerro de los Ángeles (Getafe) a la consagración de España al Corazón de Jesús, realizada por el rey Alfonso XIII, lo que afianzó más aún su vocación.

EL CRISTO DE LIMPIAS

Ese mismo año de 1919 fue a visitar al famoso Cristo de la Agonía, el Cristo de Limpias, de tamaño natural y que desde el 30 de marzo de 1919 tenía manifestaciones públicas, moviendo los ojos y hasta la boca milagrosamente. Este Cristo estaba en Limpias (Cantabria), un pequeño pueblo a 33 kilómetros de Santander. Escribió sus impresiones al padre jesuita Vicente Gómez en una carta del 18 de septiembre de 1919 y le escribe lo siguiente:

Llegamos a Limpias a las diez de la mañana aproximadamente: recorrimos en poco tiempo el camino de la estación a la parroquia, a pesar de no ser corto, e inmediatamente entramos en la iglesia. La impresión que produce ésta es ya grande, sin necesidad de milagros; la iglesia es del mismo patrón que todas las de por aquí, pero flota en su ambiente la atmósfera de lo sobrenatural que encoge el ánimo; a ello también contribuye el fervor que se nota en todos los fieles y el respeto de todo el mundo para el Cristo.

Muchas veces había sonado en mis oídos la palabra sugestión, pronunciada con motivo del milagro, por lo cual evité en lo posible el mirar con

fijeza a la imagen. Toda la mañana permanecí en la iglesia, a pesar de lo cual nada vi.

Había oído yo hablar de que la hora preferida para el milagro era de una a tres y media, hora que coincide con la de la Agonía en el Gólgota, por lo cual, apenas acabamos de comer, me trasladé a la iglesia: en ella había mucha gente contemplando con fijeza la santa Imagen.

La una y cuarto creo que serían cuando vi mover los ojos al Cristo de su derecha a su izquierda. Quizá en otras circunstancias lo hubiera referido a sugestión; mas la rara coincidencia de que, mientras yo notaba el movimiento, exclamaron seis o siete personas: “Ahora, ahora” (después de haber empezado yo a notar el movimiento), hace imposible toda duda. Otra vez noté el movimiento (ahora yo solo).

Un señor, que estaba a mi lado, aseguraba mil veces que veía el prodigio, algunas de las cuales lo vió con él muchísima gente, sin ver yo nada (lo cual aleja toda sospecha de sugestión). Otra vez u otras dos vi el movimiento de los ojos, unas veces solo y otras con mucha gente: el movimiento, tal y como yo le vi y como le he oído contar después a mucha gente, es de su izquierda a su derecha, y luego de arriba abajo, de suerte que cuando hace este último movimiento, la esclerótica, que por estar mirando hacia arriba ocupa el centro del ojo, no se ve, y en el centro se ve la pupila negra.

Encendiéronse las luces y no volví a ver el movimiento de los ojos; pero, al poco rato de estar encendidas, vi con unos buenos prismáticos, mientras los estaba graduando, enrojecerse la sangre; podría esto atribuirse a que estaba graduando los prismáticos, si no hubiese visto muchos hilos de sangre que hasta entonces no había visto. Parecía en este momento que Jesús estaba en la agonía real y verdaderamente, no sólo por la sangre, sino por cierta impresión inexplicable que producía. Un inmenso dolor de los pecados llenó entonces mi alma, y caí de rodillas implorando perdón. Rezó un Padre Capuchino del Convento de Monte Llano devotamente el “Vía Crucis”, cantando el coro de los Sindicatos Católicos, el “Perdón”, “¡Oh Dios mío!”, en el cual cántico parecía que encontraba el alma la medida de su dolor.

Toda la tarde me duró la impresión, y aun al día siguiente su recuerdo me sirvió de tema para la meditación; y ahora, cuando quiero excitar el dolor de mis pecados, lo hago siempre con el recuerdo de Limpias.

Consulté el caso después con el párroco de aquí, persona celosísima y muy entendido y prudente, y dijo que, en efecto, todo parecía indicar que

realmente había visto el prodigio, y que en cuanto a la sangre, el Cristo no tenía más que pequeños y pocos hilitos. Todo el mundo dice lo mismo.

La devoción que aquí se profesa al Cristo es inmensa: no hay nadie que no lo visite. Un tío mío, impedido por un ataque hace tiempo, fue, por encima de todas las incomodidades, después de haber comulgado. Una señora que aquí pasa el verano, muy enferma, y tía de Gómez Acebo por más señas también ha ido en automóvil prestado.

Sin embargo, hay mucha gente que no cree en el milagro. Unos dicen que todo es sugestión; otros, más incrédulos, dicen, como decía una mujer el otro día a otra: “Hija, yo soy tan amiga de la Iglesia como tú, pero eso de que sude un santo de madera...”. Entre los que lo niegan hay personas muy ilustradas y piadosas.

Felizmente son pocos los que cantan cierta copla neciamente anticlerical, que supone que todo es farsa del digno y anciano párroco. Pero en general hay un movimiento de piedad inmenso, como lo prueban las peregrinaciones, a más de todos los pueblos de la provincia, de Bilbao, de Oviedo, de Cáceres, de Madrid y hasta de Cuba, sin contar muchas más que no recuerdo.

Se despide su affmo. en Cto., Fernando de Huidobro ¹.

NOVICIADO

Entró al noviciado de los jesuitas el 16 de octubre de 1919 en la casa de Granada, que había sido anteriormente de los cartujos y se llamada La Cartuja. El 26 de octubre escribió carta a su madre en la que le dice: *Ayer sábado tomé la sotana. Hoy estoy con los demás novicios muy contento.* En otra carta del 9 de noviembre le escribe: *Yo sigo muy bien gracias a Dios y tan contento como cuando te escribí la otra vez.* Su hermana Rosario dice que, a los dos meses de haber ingresado, fueron a visitarlo a la Cartuja, ella y su madre, y al decirle, cuando se despedían, en tono medio serio, medio festivo, si quería volverse con ellas a su casa de Madrid, les respondió: *Si hubiera sido hace dos meses quizá, pero ahora no salgo de aquí por nada del mundo.*

Durante su noviciado se esforzaba en hacer pequeñas penitencias, estudiando mucho. Escogía como penitencia fregar la vajilla de los 150

¹ Francisco Peiró, *Fernando de Huidobro, jesuita y legionario*, Ed. Espasa calpe, Madrid, 1951, pp. 49-51.

miembros de la comunidad, llenándose de grasa y de otras suciedades. Y esto, a pesar de haberse criado delicado en una casa con abundancia de bienes. Otra cosa en que destacó fue en acusarse de sus faltas en comunidad y en atender a los pobres, dándoles comida en la portería. Cumplidos los dos años de noviciado, fue admitido a la primera profesión el 21 de octubre de 1921. A partir de esa fecha, entraba a formar parte del juniorado, dedicándose a estudiar gramática, humanidades y retórica.

Es digno de anotarse que le gustaban mucho los deportes. Jugaba al fútbol. Amaba la naturaleza. Durante los cursos escolares de 1924 a 1927 se dedicó al estudio de la filosofía. A la oración se dedicó con toda su alma. Le gustaba pasarse horas extraordinarias en la capilla, acompañando a Jesús Eucaristía; y para ello hasta sacrificaba los recreos. Desde 1924 empezó a hacer la Hora Santa nocturna de los primeros jueves de cada mes y escribió: *Necesito menos estudio y más oración*. Y adquirió la costumbre de ofrecerse siempre que se requería de alguien para hacer algún trabajo extra como dar catecismo a los carabineros del puerto de Santa María o asistir a los atacados por la gripe o adorar al Santísimo en horas intempestivas. Incluso el día de la fiesta final de la catequesis de niños, hizo el oficio de guardar unas vacas para que unos niños pudieran asistir a la fiesta y hacer su primera comunión..

APOSTOLADO

Tenía un espíritu apostólico enorme. Reunía a los niños aceituneros de Granada para darles catequesis y eran entre 30 y 50. Algunos eran pobrísimos, que iban recorriendo los olivares y recogían aceitunas caídas y abandonadas debajo de los árboles para así ganarse unos dinerillos. El hermano Huidobro se unía a ellos y se echaba al suelo para recoger aceitunas para ellos y ganárselos y poder darles catequesis.

Aquellos chaveas le encantaban. Se sentía apóstol con ellos. Y, por supuesto, estas tareas olivareras, repetidas cuantos años pudo, terminaban siempre a los pies del Maestro, con una buena confesión y comunión y un buen desayuno, que el Hermano Huidobro obtenía de los Superiores para aquellos muchachos. Era curioso verlos venir, desde sus madrigueras, en pelotones de cinco o seis, dispuestos así para que se llamasen unos a otros y nadie se quedase dormido

El Padre Valdés, testigo de estas fiestas, recuerda diálogos de tanto sabor como éstos:

— *¿Habéis comido o bebido algo desde anoche?*

—No, Padre; naíca. Anoche bebí un jarro de agua para no beber por la mañana.

Y otro:

—Hermano, mire usted: a mí, ni me quería dejar mi padre, y dijo que si salía de la cueva me daría una tunda que me mataba. Pero en cuanto se ha marchao, toma, pues me he venío corriendo.

La obra de evangelización más importante durante sus años de permanencia en la casa de estudios de Granada, fue a la que consagró más años y en la que llegó a destacarse como un consumado catequista. Tardes de vacación para los escolares de la Compañía, tardes de los jueves, suelen dedicarlas a pequeños trabajos de apostolado por las inmediaciones de las casas en que hacen sus estudios. La Cartuja no podía faltar en ese concierto general que forman los escolasticados de la Compañía .

Apenas terminada la comida, salían, como alondras en bandadas los escolares de la Cartuja y se disparaban por aquellos pueblos limítrofes: Peligros, Albolote, Pulianas, Pulianillas, etcétera, etc., donde tenían organizadas sus catequesis.

La catequesis que dió más renombre al Hermano Huidobro fue la del barrio de Lourdes o del “Barranco del Abogado”, como llamaban a este paraje sus moradores. Emplazado a espaldas de los jardines de la Alhambra, dominando la maravillosa vega granadina, le prestaban un típico color las gentes que lo habitaban, medio gitanos y medio moros y paganos de cuerpo entero por lo que se refería a su moral y a su instrucción religiosa. Pero dejemos relatar estos trabajos de evangelización a uno de los propios testigos y compañeros de apostolado del Hermano Huidobro.

Dos cursos seguidos, de 1922 a 1924, fui testigo presencial en Granada de la actuación del Hermano Huidobro en la catequesis de los alrededores del presidio, entonces apenas urbanizado. Llamábamos nosotros a esta catequesis “de Lourdes”, por ser una gruta de esa advocación de la Santísima Virgen, adjunta a unas escuelas católicas, la base de nuestra labor religiosa con las pobrísimas familias de los presidiarios y gentes de mala nota que moraban, si esto era morar, en cuevas esparcidas por entre chumberas y matorrales que constituían toda la vivienda de aquel paraje. El Hermano Huidobro estaba encargado de la sección de niños mayores. Apenas llegábamos al “Barranco del Abogado”, como le llamaban, el Hermano Huidobro se lanzaba con celo irresistible con su compañero y su campanilla, como otro San Francisco Javier en tierras de misión, por aquellas escarpadas laderas a la búsqueda y reunión de aquellos rapazuelos, recorriendo incansable una y otra vez la vasta extensión en que se esparcían sus cuevas.

—Como los jueves de vacación en la Cartuja, dedicaban también a trabajos de apostolado sus vacaciones estivales en el Puerto de Santa María los escolares de Granada. Allí pasaban sus vacaciones, parte en una casa de campo que la provincia de Toledo posee junto al mar, parte en el magnífico colegio de segunda enseñanza, que desalojaban por el verano, como es lógico, los estudiantes de bachillerato que allí lo cursaban.

En la Cartuja habían sido los aceituneros, pues en el Puerto serían los golfillos, no menores en número ni superiores en condición a aquellos aceituneros. No había mucha diferencia en la pobreza con que vivían y en la ignorancia religiosa que les caracterizaba, si no es en ambas cosas.

Superaban estos golfillos a aquellos aceituneros. A toda la chiquillería ambulante y desarrapada de la ciudad, la congregaba el hermano Huidobro en los patios y cobertizos del colegio san Luis Gonzaga durante las vacaciones que pasaban allí y, entre juegos y cantos, íbales instruyendo en las verdades más elementales de la fe y preparándoles para la primera comunión, que era la fiesta final con la que clausuraban la catequesis. También preparó a los carabineros tanto en el que estaba hacia Chipiona como en el que estaba en Santa Catalina. En este último dio una verdadera misión, preparándoles para una entronización del Corazón de Jesús en el cuartel que se tuvo solemnemente en los últimos días de vacaciones con misa, sermón etc. Otras veces iba por las casuchas del arenal y caminos vecinales y hablaba con los moradores de la necesidad de entronizar el Corazón de Jesús por el cúmulo de bendiciones que llovían sobre los que lo recibían en sus casas. Y tenía muchas estampas, rosarios, placas del Corazón de Jesús, vidas de santos, etc., para regalarles ².

PROFESOR

Terminados sus estudios de Letras y el trienio de filosofía, pasó al colegio de San Estanislao de Kostka de Aranjuez para ser profesor en los cursos de 1927-1929.

Sus Superiores lo enviaron en el curso de 1929-1930 al colegio de Nuestra Señora del Recuerdo de Chamartín de la Rosa (Madrid). Un día, recorriendo el salón de estudio, vio en la carpeta de un chico un papel escrito con cifra. Hay que advertir que el alumno pertenecía a ese grupo que nunca falta de muchachos díscolos y rebeldes. Si el hermano Huidobro se hubiera dejado llevar de la mala fama del alumno, juzgando el caso con presunción recelosa, de

² Ib. pp. 78-83.

seguro hubiera levantado un castillo para dar explicación al contenido del papelito, pero él prudentemente optó por llevárselo a su aposento y tomarse el trabajo de descifrarlo, lo que logró después de algunos esfuerzos. Los hechos vinieron a demostrar que él había procedido con sabiduría, suspendiendo su juicio sobre la conducta del alumno hasta no poseer otro elemento de comprobación que no fuera aquel papelito escrito con cifra. Cuando lo tuvo escrito, descifrado ya, en otro papel, se le saltaban —me dijo— las lágrimas de emoción. Aquel alumno díscolo, que gozaba con más o menos motivo de tan mala fama, había escrito en aquel papel un voto que hacía a la Santísima Virgen, que, para la edad que el chico tenía, resultaba verdaderamente heroico. Por añadidura, aquel muchacho, andando el tiempo, se comportó como un excelente cristiano, y en cierta ocasión, sufrió afrentas, y hasta golpes por defender en público a la Santísima Virgen, a quien un desalmado acababa de ofender con una blasfemia ³.

Lo que sí interesa destacar es el dominio que ejercía sobre los chicos. No sólo en lo exterior, sino en lo puramente interior de su espíritu, obtenía lo que quería. Los chicos le oían todos con veneración y respeto. Varias veces hubo que realizar investigaciones, de esas que suelen presentarse en todos los colegios por los últimos meses del curso, abril o mayo, y entre los dos nos poníamos a vigilar seriamente a los que creíamos culpables. Una vez descubierto el grupo, el Hermano Huidobro hablaba con todos, uno a uno, y les hablaba tan al corazón que todos acababan por confesar su culpabilidad, fuera la que fuera. Y eso, aun tratándose de faltas motivadoras de la expulsión o de un severísimo castigo. Ello era para mí revelador del extraordinario ascendiente que sobre ellos había logrado conquistar ⁴.

Fundó una Academia y la consagró, como era de esperar, desde el primer día, al Sagrado Corazón de Jesús. Y no sólo la Academia, toda la División la consagró al Sagrado Corazón de Jesús, y para imprimir al acto una mayor solemnidad y que a los alumnos se les quedara grabado de una manera perdurable en el corazón y en la memoria, obtuvo del Padre Rector, a la sazón el Padre Enrique Jiménez, que todo el día estuviera expuesto solemnemente en la iglesia el Santísimo Sacramento. Todos los alumnos de la División hicieron por turno su media hora de guardia y adoración ante su divina Majestad, terminando la solemne ceremonia, muy avanzada la tarde, con la lectura en público del acto de consagración, que había compuesto el mismo Hermano Huidobro ⁵.

³ Declaración en el Proceso de canonización del padre José M. María.

⁴ Declaración en el Proceso del padre Valeriano Díaz.

⁵ Francisco Peiró, o.c., pp. 95-97.

CON LOS OBREROS

Cuando llegó al colegio de Aranjuez en 1927, estaban por terminar las obras para albergar 175 jesuitas. Tenían 150 obreros. Y como se reclutaban en el mismo Aranjuez, ciudad en lo moral y religioso notablemente deficitaria, el campo era propicio para convertirlo en objeto de apostolado. A este trabajo se consagró el hermano Huidobro. Todos los sábados se les conmutaba la última media hora de trabajo por la asistencia, desde luego voluntaria, pero ninguno se perdía, a la explicación del catecismo y a la charla que les daban. Se les dividía en tres grupos y allí mismo entre los andamios, sentados sobre paredes truncadas, sobre sacos de arena, escuchaban la instrucción religiosa. El hermano Huidobro tuvo uno de estos grupos como responsable durante dos años. Los sábados esto era normal, pero durante los demás días de la semana hallaba él modo de aprovechar algún rato en sus descansos de estudios y de clases para irse con los obreros para interesarse por sus cosas. Y si llevaban a destajo su tarea, él se ponía a ayudarles para aumentar a costa de su propio sudor la paga del sábado.

Un año enero les explicó el Evangelio en la misa que se decía para ellos los domingos. Y al abrir, en una habitación frontera a la portería inferior de la finca unas clases para obreros de catecismo, de gramática y de aritmética, entre siete y nueve de la noche, el hermano Huidobro nunca faltó a su puesto, como los obreros tampoco faltaban ⁶.

Llegó a compenetrarse tanto con los obreros que los visitaba en sus casas y, si caían enfermos o tenían algún familiar enfermo, él los ayudaba en lo que podía y hasta les daba libros para su formación. Una vez llevó el viatico (comunión) a un obrero enfermo y le acompañaron por las calles de Aranjuez más de 60 de nuestros obreros con sus blusas de trabajo ⁷. Incluso llegó a fundar con los obreros más fieles la Cruzada eucarística para fomentar entre ellos la comunión frecuente y en las vísperas de los primeros viernes de mes iba recordando cariñosamente a todos la comunión del día siguiente.

Era costumbre que los teólogos predicaran los sermones dominicales de la parroquia durante la misa mayor. Uno de estos sermones del hermano Huidobro se hizo famoso. Con motivo del tendido de la línea férrea de Burgos a Oña afluyeron bastantes obreros de otros lugares, no todos de buenas costumbres, que produjeron una sensible baja en la moral de la comarca. El tema de la virginidad de María era uno de los temas en que no creían muchos de estos obreros. Y él puso tal fuego y claridad en las objeciones que aquel sermón fue objeto de comentarios elogiosos. También se hizo famoso un incidente que provocó con

⁶ Ib. pp. 90-91.

⁷ Ib. p. 92.

varios obreros. Eran estos un grupo zaguero de obreros ocupados en la seguridad de la vía que reiteradamente había sufrido interrupción en un sector por desprendimiento de tierras y ellos tenían un libro con ocho pruebas contra la existencia de Dios. Ni corto ni perezoso, fue a visitarlos y, aprovechando sus horas de descanso, entabló polémica con ellos y no cejó hasta convencerles de la sofistería de ese libro y desautorizarlo ⁸.

El año 1931 el 11 de mayo sucedieron sucesos tristes,, pues algunos revoltosos incendiaron varios colegios e iglesias. Media España estuvo por unos días a merced de los amotinados. Un día en el metro de Madrid veía algunos rostros poco agradables, como si tuvieran asco del tío cura. Huidobro cedió el asiento a una mujercita de edad que acababa de subir y alguno murmuró: Lástima que este muchacho sea cura.

Un día, mientras viajaba en tren en España en un departamento de tercera clase oyó que en el departamento de al lado un grupo de obreros hablaba de la cuestión social. Uno de ellos se expresaba diciendo que los curas nunca habían hecho nada por los obreros. A los pocos minutos ya Huidobro estaba sentado con ellos y explicándoles con muchas anécdotas y argumentos populares lo que la Iglesia católica había hecho por los obreros, para mejorar su situación económica y su instrucción, para dignificar al obrero y quién tenía la culpa de que no hubiera podido hacer más. Después de su explicación, uno de ellos le dijo: *Padre, ¿por qué no son los demás curas como usted? Son mejores*, les contestó, pero ustedes no los conocen, sino por las calumnias de sus enemigos ⁹.

Otro día en el verano de 1934 estaba en Santander con sus familiares y oyó decir que los jóvenes comunistas se reunían en la Casa del Pueblo a jugar a los bolos. Él se fue a verlos. Dice: Pregunté si podía asistir como espectador. Me miraban y se cruzaban palabras a media voz. Me senté y comencé a alabar sus jugadas, a comentarlas, hablar a los que tenía a mi lado del modo de jugar a los bolos en Bélgica. Se interesaron y pronto me rodeó un grupito. Hablando de Bélgica caímos como sin querer en la cuestión social. Hubo algunos que dejaron de jugar y se agruparon a mi alrededor, preguntaban y ponían dificultades. Les di la razón en todo lo que pude, que fue en mucho más de lo que esperaban ellos, desconocedores de la doctrina de la Iglesia en cuestión social, tanto que uno de los obreros que se las echaba de erudito, exclamó: “Pues entonces es usted un cura socialista, como aquel santo francés, San Simón (Saint-Simon, que no era santo precisamente, fue un sociólogo francés).

⁸ Ib. p. 105.

⁹ Valdés Rafael, *Fernando Huidobro, intelectual y héroe*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1966, pp. 248-249.

Satisfechos ellos de que, en este terreno, llegábamos a bastantes puntos de acuerdo, me plantearon la cuestión religiosa. Oían con respeto. Volví al día siguiente.

Después fueron ellos mismos los que venían a casa a buscarme, a la hora del juego; y acabada nuestra conversación, me acompañaba una comisión de obreros a la vuelta.

Antes de mi marcha, prometí volver todavía a hablarles. Volví, en efecto, a invitarles a una conferencia que iba a dar en la Juventud Católica. Me prometieron ir, a pesar de lo que significaba para ellos entrar en aquel local. Fueron a ponerse sus camisas rojas, para no aparecer renegados...

Ya estaba la plática-conferencia mediada, y yo inquieto, y los comunistas sin entrar... De pronto, y dirigidos por su jefe, se me colaron en el salón. Me despaché a mi gusto. Partiendo de los puntos de días anteriores, insistí en lo absurdo del ateísmo y demás afirmaciones de la doctrina comunista. Resultado que al acabar, me rogaron fuese otro día a hablarles en su local. ¡Qué lástima! ¡Al día siguiente tenía yo que marcharme de Santander!”

Maravillados quedaron en el Astillero la tarde que vieron la formación roja de obreros, con su Presidente y Secretario a la cabeza entrar en el Centro Católico, que maravillada se quedaba la madre de Fernando Huidobro cuando uno de los más destacados marxistas se presentó varias veces en la casa a buscar a su hijo: “No os preocupéis—les decía Fernando—, nada me pasará. ¡Si hasta me quieren!”

A su hermano Ignacio escribía luego: “Traté con los obreros rojos, y no los encontré tan malos, ni tan inaccesibles a nuestra acción directa. Lo que necesitamos es un elemental valor de un “caballero de Cristo”. O ¿es esto solo un título? No necesité ir a la taberna a buscarlos. Me bastó con la bolera”.

Don José María Huidobro, hermano de Fernando, cuenta que más adelante, durante la guerra, hicieron los rojos una vez un registro en la casa del Astillero. Al encontrarse allí con una imagen del Corazón de Jesús, le preguntaron a él si tenía un hermano jesuita muy estudioso y muy listo. Cuando él les respondió afirmativamente: “Ah, sí, le recordamos—dijeron—. Era muy listo. Con nosotros tuvo algunas controversias”¹⁰.

EL INCENDIO

¹⁰ Valdés Rafael, o.c., p. 250.

El 13 de octubre de 1931 se aprobó el famoso artículo 26 de la constitución que condenaba al exilio por el cuarto voto a los jesuitas. Con ese artículo se aprobaba también la libertad de cultos, la escuela laica, la desaparición del crucifijo en las escuelas, la extinción del presupuesto de culto y clero, la nacionalización de los bienes de la Compañía y un proyecto de ley contra las demás Ordenes y Congregaciones religiosas.

Apenas pasadas las fiestas de Navidad, ocurrió la tragedia del incendio. Antes se habían producido dos de poca magnitud, uno con fecha 19 de septiembre de 1930 y el otro el 23 de octubre de 1931. Los dos parece que fueron casuales, pero éste que se produjo la noche del 8 de enero de 1932 no fue casual y revistió enormes y trágicas proporciones. Lo describe en estos términos el mismo Hermano Huidobro en carta que escribe a su madre en 14 de enero:

“Querida madre: Porque ya habrás recibido mi tarjeta, no me he apresurado a contestar a tu carta. Pormenores, ya sabéis algunos del incendio. Empezó o, mejor dicho, se notó a eso de las ocho y media y en seguida se levantó una llama que cogía toda la fachada y comenzó a correrse por la parte que da al Mediodía, hacia las eras. Todos nos extendimos en seguida por la casa, unos con baldes formaban cadena para echar agua, otros daban a la bomba o la sostenían. Casi todos los hombres del pueblo se lanzaron también a detener aquello, que parecía que iba a devorar en unos minutos todo este viejo caserón. A mí, al principio, me tocó estar en el tejado, ayudando a otros Hermanos y obreros que estaban trabajando allí por detenerlo. Por los dos extremos del incendio, con hachas y picos, se cortó el tejado y, con las mangas y baldes, tras unas tres horas de trabajos ímprobos, se detuvo la expansión del fuego. De los dos torreones de la fachada, uno ardió de arriba abajo, menos el primer piso, que se inutilizó y perdió el techo por el agua y brasas, y el bajo, que se salvó del todo. El otro quedó íntegro. A eso de las once y media comenzaron a ayudarnos los bomberos de Medina de Pomar; poco después de las doce, los de Burgos, y luego los de Villarcayo y Briviesca, y ya de madrugada, una bomba estupenda de Vitoria (a las seis había todavía una buena fogata). En las últimas horas nuestro trabajo fue dar a la bomba, pues ya había muchos bomberos, e ir retirando escombros. A las tres se hundió una bóveda de un claustro, sin desgracias, por la previsión de un jefe de bomberos, que ordenó desalojar aquello. Yo oí Misa a las cuatro, luego volví a: ayudar en algo, y a eso de las seis desayuné y me acosté hasta las nueve. El sábado estuve casi todo el día recogiendo y tirando escombros. Es de notar que el sábado, al mediodía, aún había brasas abundantes en la parte del torreón.

Fue noche de prueba. En medio de todo, bendito sea Dios, que hizo pararse de repente el viento y dió tan buena voluntad a los del pueblo. Algunos trabajaron, de ellos y de los nuestros, con peligro, y otra providencia de Dios fue

que nada pasase, ni la más mínima herida. A mí me daba miedo ver tantísima gente por los tejados, llevando cubos de agua, cortando vigas, arrancando tejas, y todo con la nerviosa rapidez y azoramiento propio de tales momentos. La causa bien puede ser la que tú dices, de un contacto. Algunos creen más bien que es cosa intencionada, pues para casualidad es mucho y ya ha habido amenazas. Nada sabemos y una y otra cosa pueden haber sido. Yo estoy bien, esperando otro golpe mayor pero completamente puesto en las manos de Dios”¹¹.

EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS

El 23 de enero de 1932 se firmó el decreto de disolución de la Compañía de Jesús, dando a los jesuitas diez días enteros para desalojar sus casas. Eran 388 los miembros residentes en Oña. El día 25 hubo Exposición del Santísimo como despedida. El 26 y el 28 salieron las primeras expediciones de filósofos. El 30 y el 1 de febrero los teólogos.

En la frontera todo fueron facilidades. Al pasar por Bayona aguardaban para obsequiar a los expedicionarios con fiambres y otras viandas generosos bienhechores de la familia Sota. Al pasar por Burdeos, se repitieron las delicadezas por parte de los padres jesuitas del Solar español. Después de una noche entera de tren en tercera y con el desvelo correspondiente, llegaron a París. Pasaron de estación a estación sin más parada que la iglesia más próxima para comulgar y decir misa y en seguida rumbo a Bélgica, que era su meta. Al pasar la frontera, los aduaneros belgas extremaron su delicadeza. Descendieron en la estación de Statte y después en Marneffe, donde estaba la casa o castillo adquirido para alojamiento de la numerosa, comunidad de Oña. El hermano Huidobro llegó el último, ya que se quedó en Oña para tratar de salvar la mayor parte de los libros de la biblioteca y llevarlos a Marneffe.

Cuando iba en el tren en Francia en dirección a Marneffe, en el mismo departamento de tercera entraron unos obreros españoles que se alegraron al ver a aquellos jesuitas desterrados de España. El hermano Huidobro entró en conversación con ellos y no tardó en hacerse dueño de aquel auditorio, mostrándoles el engaño en que les sumían sus dirigentes socialistas, haciéndoles creer que con la persecución de la Iglesia se remediarían los males e injusticias de que se creían víctimas en España¹².

El 3 de septiembre de 1932 estaba ya en Valkenburg (Holanda) con otros sudamericanos y un portugués para seguir sus estudios. Allí había jesuitas

¹¹ Francisco Peiró, o.c., pp. 114-115.

¹² Ib. p. 125.

alemanes, japoneses, lituanos, húngaros, norteamericanos, sudamericanos y españoles. Se dedicó con entusiasmo a aprender alemán y consiguió dominarlo con el tiempo. Su ordenación sacerdotal estaba fijada para el día 27 de agosto de 1933. El 8 de agosto le escribió a su madre: *Ya es muy grande la emoción al tener al Señor en las manos. ¿Qué será consagrar y celebrar el santo sacrificio, y eso delante de vosotros, de ti, sobretodo? Este año el 4 de septiembre podré ya decir la misa por papá, aunque no la ha de necesitar, sino que el día de san Agustín estará en el cielo gozando de la fiesta. Quisiera ser un sacerdote ejemplar que solo piensa en las almas y en la gloria de Dios. ¡Se ve tantísima miseria y tantos desgraciados que no conocen al Señor, que se comprende bien la necesidad de que haya sacerdotes que vivan solo para la santa Iglesia, que es vivir para salvar almas!* ¹³.

SACERDOTE

Fue ordenado sacerdote el 27 de agosto de 1933 por Monseñor Juan Ross, obispo de Hiroshima (Japón) con otros 39 compañeros en la capilla del teólogo de Valkengurg (Holanda). Refiere: *El momento supremo de mi vida fue la ordenación sacerdotal. Echado en tierra, mientras se cantaban las letanías, me ofrecí a Nuestro Señor todo yo y para todo lo que él quiera hacer de mí. Y entonces concebí el propósito, que luego se afirmó más, al prometer obediencia a mi provincial en manos del obispo y que el tiempo siguiente ha confirmado de ponerme también en manos de mis Superiores sin reserva, ofreciéndome a toda clase de oficios* ¹⁴. Al día siguiente celebró su primera misa junto con 19 sacerdotes. En su Diario nos dice: *Cuando consagré, fue como si un sol me hubiera salido de entre las manos. Se me iluminó el alma: Mi vida, que ha tenido horas de interior negrura, tuvo un instante radioso que vale solo él por todos. Un ver así, eterno, sin sombras ni límites, sería ya por sí el cielo. Y seguí absorto mirando a la víctima que yacía en el altar* ¹⁵.

En el curso de 1933-1934 siguió en el Colegio de Valkenburg (Holanda). Al padre Rafael Valdés le escribió el 3 de octubre de 1933: *Ahora trato de hacer de la misa el centro de mi vida. Ayúdeme usted. Cuando pienso en lo que soy, me espanto y no sé para lo que voy a servir. Y eso que estoy en consolación y lleno de confianza en el Señor* ¹⁶.

Después tuvo que hacer su tercera probación en Braga (Portugal) y llegó a Braga el 15 de septiembre del año 1934. Al entrar en la casa, su primera visita

¹³ Ib. pp. 147-148.

¹⁴ Ib. p. 153.

¹⁵ Ib. pp. 151-152.

¹⁶ Ib. p. 155.

fue a Jesús eucaristía en la capilla y después al Superior. A la salida de sus Ejercicios espirituales, se enteraron de la noticia de los sucesos revolucionarios de los obreros de toda la cuenca minera de Asturias. Terminado el curso el 15 de julio en Braga, fue destinado a Alemania para perfeccionarse en alemán y obtener el doctorado en filosofía. En el curso 1935-1936 estudió en la universidad de Friburgo y terminó en julio de 1936.

El 13 de julio de 1936 había sido asesinado el diputado a Cortes José Calvo Sotelo y el alzamiento nacional sucedió el 18, al rebelarse con Franco el ejército de África. Él escribió al padre General para ofrecerse a ser capellán del ejército nacional. No para coger el fusil, sino para consolar, confesar y atender a los heridos y moribundos en el frente de batalla y en los hospitales y casas de socorro. El padre General contestó el 11 de agosto a todos los provinciales de España en una carta, que autorizaba a los que desearan realizar los ministerios propios de la Compañía, lo mismo en retaguardia que en el frente de guerra.

VOLUNTARIO A LA LEGIÓN

El 27 de agosto estaba ya en Hendaya. Pasó a España por la frontera de Dancharinea. De allí fue a Elizondo y en un auto a Pamplona. Desde Pamplona vuelve a escribir entusiasmado por la alegría de pisar tierra española y enardecido por el espectáculo de aquellos requetés que lo llenan todo de religión, idealismo, patria. El 1 de septiembre aparecía en el frente de Guadarrama como capellán voluntario. Vestía un mono azul con un gran crucifijo colgado al cuello. Se dirigió a un convento de religiosas de Cristo Rey para celebrar la misa, pero las religiosas, temiendo por las trazas que fuera un pastor protestante, no se lo permitieron. Se tuvo que dirigir a un sacerdote de la ciudad que fácilmente logró identificarlo. Lo destinaron a la legión. Fue a Talavera de la Reina y allí el general Yagüe lo destinó a la columna Asensio de la Legión.

Algunos legionarios, al verle, se rieron; otros, se quedaron mirándole visiblemente decepcionados, y todos se alejaron de él diciéndose unos a otros: “¡Vaya un crío que nos han traído!”. La misma impresión produjo al comandante de la Bandera, don José Vierna. “Estaba yo —declara el comandante— en la finca o cortijo Vista Alegre, puesto de mando de mi Bandera, cuando se me presentó el Padre Huidobro como capellán destinado al servicio de la Cuarta Bandera. No puedo ocultar la impresión que entonces me produjo: aunque inteligente y educado, me pareció un adolescente sin experiencia, hasta el extremo de juzgarle inadaptable para función tan difícil como era la de capellán de la Legión”.

Esta impresión desfavorable se desvaneció pronto. Desde el primer día se le vió comportarse cómo un veterano y auténtico legionario, valiente en el combate, heroico en su proceder, mortificado en su persona, sacrificado en el servicio y con un atractivo que arrastraba. “Pocas horas después —continúa su comandante— ya se me reveló como lo que fue siempre, porque seguidamente tuvo que sufrir mi Bandera un fuerte bombardeo de Aviación, y aunque el Padre Huidobro acababa de llegar, ya me sorprendió el dominio y la valentía extraordinaria con que empezó a desempeñar sus ministerios sacerdotales. Este concepto se acreció pocos días después cuando decidimos, después de muchas deliberaciones y horas de combate, entrar en el pueblo de Cazalegas, cerca de Talavera de la Reina, que era un punto tan codiciado como inaccesible, y sobre todo muy difícil de lograr por las emboscadas que se preveían. No obstante, entre los primeros legionarios que arrostraron el peligro para entrar en Cazalegas, no se me olvida la estampa del capellán entre los primeros, y no porque él fuera impulsado por un arrojo militar, sino precisamente por el afán de su propio ministerio y de salvar almas, porque seguidamente que yo entré, lo primero que vi fue al capellán postrado de rodillas en plena plaza, al pie de un moribundo que se desangraba con una gran herida en el vientre, y al que el Padre Huidobro prestaba la más caritativa asistencia. Es de notar, para mayor elogio suyo, que este herido no era de nuestras filas, sino del campo contrario, y, sin embargo, el efecto de esta caridad de nuestro capellán bien se veía reflejado en las miradas de agradecimiento del moribundo. En el puesto de socorro del pueblo de Maqueda, el padre auxiliaba a los heridos. De pronto un avión enemigo divisó el Puesto de socorro y quiso destruirlo.

El Padre Huidobro, al verlo acercarse, invitó a todos a rezar. Hasta cuatro bombas arrojó el aviador, que levantaron nubes de polvo y piedra, pero sin tocar ninguna el Puesto de Socorro. El avión se alejó volviendo al poco rato con nuevas bombas. Ni el Padre Huidobro, ni ninguno de los que le acompañaban, desertó de su puesto. Con la oración en los labios proseguían las curas y seguían administrándose los auxilios espirituales a quienes los necesitaban. El avión seguía también descargando, pero las bombas caían en curva, abriendo cráteres alrededor del Puesto de Socorro, pero respetándolo. Y milagro fue. Porque en las dos horas que duró el bombardeo ni un solo proyectil se atrevió a tocar la humilde casita en que se había instalado el Puesto de socorro y en la que se refugiaban los que se pusieron en las manos de Dios y a la sombra de las oraciones de su capellán.

CARIDAD CON TODOS

La Bandera recibió la orden de avanzar a marchas forzadas hacia el pueblo de Torrijos. Pasaba la Bandera por un viñedo. Muertos de sed como iban los legionarios, por el calor y la caminata, varios de ellos se lanzaron a la viña para arrancar algunos racimos y saciar su sed. El capitán mandó que no se interrumpiera la marcha y dijo ¡Adelante! Los legionarios, según su costumbre, obedecieron; pero el Padre Huidobro, con quien no rezaba la orden, al apercebirse, entró en la viña, tendió en el suelo su capote y empezó a cortar racimos; cargando con ellos se echó el capote al hombro y luego, corriendo hasta alcanzar la Bandera, que se le había adelantado unos dos kilómetros, empezó a repartir aquel precioso cargamento entre sus agradecidos legionarios.

En el mismo trayecto de Maqueda a Torrijos, ocurrió otro hecho que refiere el sargento Gutiérrez: *Un legionario, a quien tocaba llevar a hombros una ametralladora cuyo peso excedía los 20 kilos al pasar junto al padre Huidobro comenzó fingidamente a decir que no podía más. Al punto el padre cogió la máquina y comenzó a caminar hasta que yo me di cuenta y, reprendiendo severamente al legionario, le hice volver a coger su ametralladora. Tengo la seguridad absoluta de que, si yo no me doy cuenta, el padre Huidobro hubiera llevado la máquina hasta que no hubiera podido más* ¹⁷.

El trabajo en los pueblos era de consolar a unos y otros, hablarles de Dios, asistir a los presos que iban a ajusticiar, salvar alguno que otro, muy pocos por cierto. Escenas hay que reaniman y otras hay que deprimen y destrozan el alma. Hay además que bautizar niños, confesar, recoger lo que queda en la iglesia y limpiarla, enterrar muertos. Y luego pasar por las compañías, pararse con todos, ganar amigos para que una mañana cualquiera vengan a confesar poco a poco, cuatro o cinco cada mañana y vayan volviendo los que estaban desde hace tiempo lejos de Dios ¹⁸.

Su jefe, el comandante Canós, refiere: *Llegaron los días de operaciones más activas para alcanzar Madrid. Operaciones duras por su anormalidad, por sus sorpresas, por los escasos medios con que las tropas nacionales contaban al principio de la Cruzada. Durante todo este período de dinamismo fue un problema saber cuándo dormía, cuándo descansaba o cuándo comía nuestro capellán. Tenía asiento a la mesa del jefe o a la de cualquier mando de la Compañía. Yo le tenía constantemente invitado, y sólo de tarde en tarde me proporcionaba esta satisfacción entre excusas amables y corteses. Prefería comer en compañía de los simples legionarios, en sus puestos avanzados o en sus pequeñas reuniones de descanso. Se le recibía entre ellos con júbilo y se le pretendía obsequiar con cuanto tenían. Pero un trozo de pan y cualquier otra*

¹⁷ Francisco Peiró, o.c., pp. 199-202.

¹⁸ Ib. p. 208.

cosa colmaba sus aspiraciones. Su frugalidad estaba sobre toda ponderación, y estoy cierto de que a veces manifestó no tener apetito para privarse de asistir a algunas de nuestras comidas, a que era frecuentemente invitado.

Algo análogo sucedía con su alojamiento. So pretexto de estar más cerca de la tropa, yo sé que dormía sobre el duro suelo, porque cuanto se le diera iba a parar a manos de quien, según decía, lo necesitaba más que él. Mantas, colchonetas, todo iba a abrigar a heridos o prisioneros. Y todo ello sin clamor ni ruido, sin que nadie lo supiera, sino yo y algunos otros que, por afecto a él, vigilábamos en lo posible su comodidad. ¡Cuántas veces le he visto tiritar de frío, tratando de disimularlo! Nada poseía porque todo lo daba, excepto el gran crucifijo que llevaba al pecho. Pedía para otros; jamás para sí. Nunca oí de su boca palabra contra tercero, ni consentía, oponiéndose con dulce firmeza, que en su presencia se hablara mal de nadie. Dirimía contiendas y riñas entre unos y otros e hizo reconciliarse a los contendientes. Ayudó a todos, militares y civiles, afectos o enemigos, con un constante ejemplo de caridad cristiana. Sobre su constante deseo de servir a todos, cualquier legionario que algo necesitase de sus superiores, además de solicitarlo por conducto reglamentario, en casos especiales no dejaba de hacer intervenir a nuestro capellán ¹⁹.

Al llegar a San Martín de Valdeiglesias recogieron los legionarios un importante botín de chalecos de cuero, fuertes y de abrigo, de los que usan los labradores de dicha región. Se los repartieron, como era justo, y reservaron tres para su capellán. Éste los recibió agradecido, pero a las pocas horas ya los había regalado a otros muchachos que andaban desabrigados. Conmovido uno de estos legionarios favorecidos, quiso darle el suyo al Padre, porque advirtió que éste no lo llevaba; pero el Padre Huidobro lo rechazó diciendo: “No, ese para usted, que también a usted le hace falta”.

Dos legionarios discutían una vez jugando al monte, que entre ellos es un juego normal, por 10 ó 15 pesetas. La discusión tomaba aires de excesivo acaloramiento. En esto pasa por allí el Padre Huidobro; les pregunta por qué discuten; contestan que por dos duros; el Padre Huidobro, a pesar de no llevar consigo nunca un solo céntimo, metió la mano en su bolsillo y le dió un billete de cinco duros al reclamante, con lo que quedó zanjada la discusión ²⁰.

EL CRUCIFIJO Y LA MEDALLA

¹⁹ Ib. pp. 209-210.

²⁰ Ib. p. 213.

“Llegó un herido, procedente de un carro antitanque, con dos balazos en el pecho. Le colocaron cerca del Padre Huidobro. Como la hinchazón de la pierna y la hemorragia no le permitían moverse, me rogó a mí que le diera a besar el Crucifijo. El herido me rechazó: “¡No me vengas con tonterías y déjame morir en paz!”. Yo le insté, que al menos por dar gusto al capellán lo besara. No quiso. Entonces el Padre Huidobro cogió de mis manos el Crucifijo, y rezando con gran fervor, mientras lo miraba, me dijo: “Ahora, dáselo de nuevo”. Se lo entregué al herido y vi con asombro que lo besaba con gran devoción”.

El capitán Iniesta, ejemplo en todas ocasiones y de valor, llevaba siempre consigo colgada al pecho una medalla de la Virgen Milagrosa, a cuya protección se confiaba en los combates. Un día se la había mostrado al Padre Huidobro, quien la besó con muy grande devoción. Se acercó esta mañana al capellán herido, y recordando las veces que el Padre les daba a besar el Crucifijo, sacó él su medalla de Nuestra Señora y se la acercó a los labios diciéndole: “Ahora me toca a mí, Padre...”.

El Padre Huidobro, en carta escrita días después a su hermano, describe con brevísima sencillez una escena: “Entró herido en la caseta, donde yo estaba ya con el balazo, un oficial de carros de combate. Me arrastré a su lado, y tendidos los dos en el suelo, le confesé, porque tenía el pecho herido de un balazo de explosiva y estaba pálido como un muerto”²¹.

No se limitaba a atender a los soldados. Los prisioneros y aun los elementos civiles que durante los avances de un pueblo a otro se hallaban en ruta, recibían también la atención espiritual y humanitaria del incansable Padre Huidobro.

Muchas veces a los soldados los sorprendía cuando estaban en sus habituales juegos de cartas. Se les acercaba, se interesaba por los ganadores y al poco ya estaba hablándoles de cosas presenciadas por él en Bélgica o en Alemania. Los soldados, encantados, fácilmente se ponían a escucharle y en muchas ocasiones llegaban a abandonar las cartas. Y entonces, sin sentirlo, entraban en materia de religión y de moral. Les recriminaba, aunque en modo benigno, que al entrar en un pueblo entraran a las casas abandonadas a apropiarse de los bienes ajenos y les inculcaba respeto a las mujeres y dar un trato digno a los vencidos. También usaba franqueza y energía para reprender la blasfemia, la crueldad, la borrachera u otros pecados frecuentes. Y no faltaba alguno del grupo que poco después se iba a confesar y mejoraba su vida.

²¹ Valdés Rafael, o.c., p. 380.

Aquellos legionarios que habían vivido muchos años sin capellán jor que habían sido suprimidos por la República, apartados muchos de ellos de cuanto sonase a religión, dados al licor, casi ateos, en poco tiempo con la ayuda del Padre Huidobro cambiaban de vida. Había noches que se les veía guardar turno en la puerta de su chavola.

Un día, en la víspera de una comunión numerosa, uno de los compañeros legionarios con fama de alejado de Dios, les afirmó: *Mañana voy a recibir la comunión*. Les explicó cómo había sido y dijo: Paseando con el Padre por una de las estancias del Clínico me preguntó: *¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?* Y como yo le dijese que hacía muchos años, me animó, diciéndome: *Pues mira, cuéntame tu vida como un amigo y después yo te contaré la mía*. Así lo hice y al terminar la relación de mis culpas me impuso una penitencia muy pequeña, diciéndome: *Reza, solamente un padrenuestro y yo rezaré por ti lo que falte*. Y en seguida con ingenua sencillez comenzó a contarme su vida. Así me ganó y por eso puedo ya comulgar ²².

Refiere: *En Valdemoro se entregaron y se pasaron a nuestro bando muchos guardias civiles. Todos ellos besaron entre lágrimas su crucifijo. Por el camino tuve que asistir a treinta y tantos rojos, heridos y prisioneros*.

El padre Marín Triana, capellán también de la legión, declaró: Al tomarse Escalona estuvimos juntos varios días. En mi vida he visto desarrollar más actividad apostólica: trabajar con los prisioneros, bautizar niños, preparar la iglesia destrozada y de nuevo adornarla y limpiarla. Algunos días los pasaba rondando por los últimos rincones del pueblo, buscando objetos de culto escondidos. Y luego dedicaba su tiempo a confesiones, legitimar matrimonios; y para estos apostolados en los pueblos le ayudaban sus legionarios ²³.

Al entrar en el pueblo de Valmojado, una anciana, con faldas de enorme vuelo y pañolón cruzado, se puso en jarras ante un grupo de legionarios donde estaba el Padre Huidobro y dijo: *Vamos a ver, díganme ¿hay Dios o no hay Dios? Antes todos decíamos que sí. Luego nos estuvieron diciendo dale que dale que no. Y ahora vienen ustedes y nos dicen otra vez que sí. ¿En qué quedamos?* Los soldados miraron al capellán y con dos frases oportunas arrancó de raíz el escrúpulo de la aldeana ²⁴.

SERVICIOS DE LEGIONARIOS

²² Francisco Peiró, o.c., p. 329.

²³ Valdés Rafael, o.c., p. 345.

²⁴ Valdés Rafael, o.c., p. 349.

El Padre Huidobro cargaba como podía alguna botella o recipiente con agua para lavar las heridas de los que caían en combate. A esta agua de su cantimplora los legionarios empezaron a llamarla *agua milagrosa*, porque algunos habían sentido un extraordinario alivio al recibirla en sus heridas. A veces también les daba a beber de esta agua que llevaba, para refrescar un poco a los sedientos legionarios sobre todo en verano. Él como todo legionario, llevaba grandes cartucheras, pero en ellas no había balas sino santos oleos, detentes del Corazón de Jesús y también caramelos para endulzar la boca de los heridos. Cuando llegaba el cartero, él le pedía las cartas para tener el gusto de entregarlas personalmente a los interesados, Y, si había alguna mala noticia, así también podía consolarlos de inmediato. En ocasiones recorría los puestos de los centinelas en las noches y les regalaba cigarrillos y hasta hacía él de centinela mientras lo fumaban.

Cuando tomaron Valdeiglesias, los rojos dejaron en poder de los legionarios mucho material y 60 heridos. Hasta el momento de partir, estuvo el padre, auxiliando a estos prisioneros ²⁵.

El oficial Juan Parra declaró: *Cuando avanzábamos hacia Madrid, hacía un sol abrasador y lo vi al padre Huidobro recogiendo las cantimploras a los legionarios para llenárselas de agua y luego repartírselas, pues los soldados tenían prohibido detenerse en la marcha.*

Una de las cosas que más le hacían sufrir y que él ofrecía con amor a Jesús por la salvación de sus legionarios, eran los piojos, llamados *trimotores* por los legionarios. Al padre Viera le dijo: *Estoy plagado de piojos. Desde que estuvimos descansando unas noches en unas casas ruinosas estamos llenos. No sé cómo descartarlos. Mato todos los días de 20 a 30. Me hacen verdaderas ronchas en las espaldas. Y a veces me tienen sin dormir hasta muy entrada la noche, cosa que no consiguen los cañones ni los tiros. Y el nerviosismo resultante es muy desagradable* ²⁶.

Por otra parte la cosa que más le alegraba era llevar consigo en una cajita a Jesús sacramentado. El mismo decía: ¡Qué feliz me siento, cuando en medio de los combates llevo conmigo el portaviáticos con Jesús Eucaristía! ²⁷. También llevó en todo momento para consuelo personal la medalla milagrosa de la Congregación mariana. Frecuentemente la besaba con amor maternal a María ²⁸.

²⁵ Ib. p. 364.

²⁶ Ib. p. 417.

²⁷ Ib. p. 476.

²⁸ Ib. p. 478.

En el frente del Jarama un recién incorporado se había dejado en cierto lugar su caja de municiones, porque le pesaba mucho. Cuando se pasó lista de noche y le pidieron cuenta de la caja, dijo que la había perdido. Le mandaron que volviera de inmediato a buscarla y que no le admitirían hasta que la hubiese traído. El Padre Huidobro lo encontró llorando en medio de las burlas de los veteranos. Lo cogió del brazo y se lo llevó consigo y le dijo que iría con él a buscar la caja. El padre fue a buscarla donde le dijo y así pudieron volver los dos juntos con la caja, y el muchacho, emocionado, por el favor que le había hecho el capellán ²⁹.

Una noche salió fuera de las trincheras a buscar heridos a pesar del fuego intenso que seguía. Después de un par de horas regresó diciendo que había encontrado varios heridos legionarios y rojos y los había asistido y conseguido el traslado a las trincheras.

Y dice: *En acciones de guerra peligrosas tuve el consuelo de pasar por las filas preparadas para avanzar e ir dándoles uno por uno el crucifijo a besar, con jaculatorias de contrición y absoluciones colectivas. Los legionarios ya no sabían entrar en combate sin antes haber ido a tributar su amor a Jesús, besando el crucifijo.*

CABALLEROS CON LOS VENCIDOS

Cuando entraron triunfantes en la Casa de Campo cayó en manos legionarias casi íntegro un batallón de soldados rojos. El padre no solo se ocupó de atender a los heridos rojos, sino también salvar a los prisioneros del justo furor de sus soldados. Él escribió: *Mil veces he visto a los bravos legionarios dar a beber agua a los presos, llevarles de comer, bromear con ellos en una franca camaradería. Los que fueron leones cara a cara, tienden al rendido una mano compasiva.*

Cuando estaba herido en retaguardia escribió: Al acordarme de ellos me acuerdo sobre todo de la generosidad con que curaban en la casita roja, junto al lago a los heridos de un batallón de infantería enemiga que cayeron en sus manos. Mis legionarios no los remataban, sino que llamaban al practicante. Y el jefe hacía llamar al médico para que los asistiera. Y recordaba: Fui a asistir a uno que lo iban a fusilar. Íbamos en el coche con él un teniente, dos soldados y yo. Al llegar al lugar, todo ya preparado. El teniente dice: *Dejadme, hoy lo voy a hacer yo. Coge la metralleta y dispara y le dio fijo en el corazón con notable puntería.* La muerte fue instantánea. Me disgustó. A la vuelta yo iba serio. El teniente me dijo: *¿Qué estará pensando usted de mí?* Mire, me respondió, los soldados son

²⁹ Valdés Rafael, o.c., pp. 365-366.

nuevos, lo harían sufrir al fusilarlo, pues no tienen práctica. Yo soy estudiante de medicina, sé cómo se puede morir repentinamente. Además soy cazador y de muy buena puntería. Ya lo ha visto. No quería que este pobre hombre sufriera, por eso, lo maté de un solo golpe ³⁰.

En Oropesa se encontró con un legionario que paseaba por la retaguardia. Le dice: *¡Vamos, mi amigo!, que aquí no llegan las balas, ¿verdad? —Mire, Peter, le voy a decir la verdad. En Oropesa, los rojos han matado a mi padre; y lo mataron triturándole el cráneo con una piedra. ¿Podría yo contenerme si entrase hoy victorioso en Oropesa? Por eso he pedido quedarme aquí, no presenciar la entrada triunfante en mi pueblo.*

Y el Padre escribió desde Maqueda: *Nuestro estilo es limpio. Nuestros procedimientos, otros que los suyos. Es verdad que ellos fusilan, atormentan, exterminan. Pero es que ellos son criminales. Nosotros, porque somos cristianos y caballeros, sabemos luchar, cara a cara, hasta la muerte, y acometer el peligro, seguros de vencer, aunque sucumbamos en esta vida temporal. Pero no sabemos negar un vaso de agua a un prisionero, ni dejar de vendar sus heridas.*

El Padre Huidobro, que se esforzaba por infundir en sus legionarios sentimientos de perdón y de caridad cristiana, habría sin duda suya, para sus legionarios, aquella frase de tanto fondo del Evangelio, con que Antonio Rivera exhortaba en el Alcázar de Toledo: “¡Disparad, pero disparad sin odio!”. Sin odio, y hasta con amor y conmiseración.

Otro hecho concreto: *Ignorantes de las grandes jornadas que iba cubriendo nuestro ejército vencedor, subían en un coche unos cuantos jefes milicianos, que iban desde Toledo en dirección a Maqueda. Descuidados, como por terreno propio. Entran en nuestras posiciones, al modo que entra una fiera en la trampa. Al darse cuenta de su equivocación, pretenden huir; era tarde. Al meterse en un desfiladero, funcionan nuestras armas y caen muertos o heridos los ocupantes del auto. El coche yace deshecho en medio de la carretera. El Mando ordena que nadie se arrime a aquel coche, pues está batidísimo por los fuegos enemigos.*

Sin duda quieren impedir que caiga en manos de la Bandera la valiosa documentación que llevaban.

El Padre Huidobro se encontraba allí en aquellos momentos, y oye que “hemos cazado a unos milicianos”. Inmediatamente sale hacia las trincheras; podría alguno de ellos requerir su ayuda de capellán. El coche, destrozado,

³⁰ Ib. p. 499.

estaba algo lejos de nuestra posición. Su conductor, ya cadáver, con la cabeza rota. Desde la trinchera nuestra se escuchaban lamentos que parecían salir del interior del auto. El Padre no vacila. Hay allí un alma, en trance de muerte, que necesita ayuda sacerdotal. De inmediato salta afuera, con exposición grandísima de su vida. Y mientras los rojos cercanos descargan sus fusiles contra el que se aproxima al auto, él recoge al herido, que, bañado en sangre, yacía tumbado entre los otros cadáveres, se lo carga a cuestas y se lo trae al pueblo. Tenía una pierna partida a balazos. Su documentación lo denuncia como dirigente marxista. Se arrepintió. Se confesó con el capellán, su salvador; y aun él mismo, públicamente, declaró sus crímenes.

El capellán, todo lleno de sangre que le había dejado el herido, le decía al sargento Gutiérrez: “¿No véis? Si no voy a recogerlo, muere allí como un salvaje”³¹.

Otro episodio refiere el teniente Parra. Ocurrió en Valdemoro. “Vivimos en la ocupación de este poblado una etapa de la mayor angustia; estuvo desconectada la 16.^a Compañía del resto de la Bandera durante tres o cuatro horas. Nos llegó la noticia de que un legionario de la Compañía se encontraba gravemente herido en el Colegio de niñas huérfanas de la Guardia Civil. El capellán se personó allí rápidamente para prestarle los auxilios espirituales, pero al regresar al puesto de Mando de la Compañía, le sorprendieron dos soldados rojos, que lo cogieron prisionero; pero cuál sería su actuación apostólica cerca de ellos que, en vez de llevarle a él a sus Jefes, el Padre Huidobro los convenció a ellos y se los llevó consigo y vino a nuestro puesto de Mando con dos almas ganadas para Dios y dos soldados para la Patria.

El mismo Padre Huidobro refiere en carta de 12 de octubre a su Vicario Provincial un episodio que retrata al vivo su valor: Un día quería ir a Toledo desde Maqueda a ver a los Padres. Como el comandante había salido, fue a buscarle en auto para pedirle permiso. Al llegar a Quismondo, cerca de Maqueda, divisaron un pequeño grupo armado que, al ver venir el auto, se puso a un lado de la carretera. “Son rojos”, dijo el chofer. “Sigue y no tengas miedo”, repuso el capellán. Se acercaban ya a los rojos, cuando éstos se pusieron en medio de la carretera, dando el alto al coche. “¿Qué queréis?”, preguntó el Padre Huidobro. “Somos milicianos rojos —dijeron los del grupo— y queremos entregarnos al Ejército”. “Pues bienvenidos”, contestó el capellán. Y sin desarmarlos siquiera, los hizo sentarse en el auto detrás de ellos dos. Emprendieron de nuevo la marcha y llegaron al campamento de la Legión. “Aquí traigo a estos prisioneros que se han entregado voluntariamente”. “¿Cree usted —preguntó en voz baja un oficial—, cree usted que se habrán entregado de

³¹ Valdés Rafael, o.c., pp. 500-501.

buena fe? ¿No nos harán alguna barrabasada?” “¿Barrabasada? —exclamó el Padre Huidobro—. No, hombre, no. ¡Si los he traído armados a mi espalda y ni siquiera se les ha ocurrido pegarnos un tiro y escapar con el coche, aunque vieron que nosotros no llevábamos ninguna arma ni el chofer ni yo!” Cuando los legionarios se enteraron de que su capellán había cogido varios prisioneros sin llevar siquiera una pistola, celebraron la hazaña grandemente ³².

Ya hemos dicho que, conforme a las enseñanzas del Evangelio, prodigó sus demostraciones de caridad a amigos y a enemigos, a propios y a extraños, a soldados del Ejército nacional y a los del campo adverso.

Hacia ya tres días —cuenta el legionario Vicente Reyes— que se oían quejidos desde el parapeto donde ellos estaban. El Padre Huidobro, advirtiendo de lo que podrían ser, dijo a un sargento: “Eso debe ser un herido. Vete a pedir al alférez, de mi parte, que me deje ir para ver lo que es”. El alférez negó el permiso, porque el sitio estaba muy batido. El capellán, obediente, se quedó aquella noche en el parapeto. Como los quejidos seguían, al amanecer saltó el parapeto, y después de largo rato, se le vio que volvía llevando a sus espaldas a un rojo con la cara rota. El sargento corrió en su auxilio, pero le hirieron en un brazo. A poco el Padre Huidobro venía al botiquín con los dos. El mismo rojo dijo a los legionarios que el Padre se había acercado a él, le había abrazado, lavado la herida, dado de beber y metido un caramelo en la boca. Le había preguntado que qué tal estaba. Le había dicho que era de la Brigada Internacional, pero que estaba muy desengañado. Y dijo que se confesó con el capellán. Luego, en el Puesto de Socorro, volvió a manifestarse la genuina caridad del capellán. Como el practicante se negara a curar al rojo, o al menos se resistiera a curarle antes que al legionario, el Capellán, casi llorando se dirigió al «Sargento herido y le dijo: “¿No es verdad, legionario, que van a curar al rojo antes que a ti?”.

Otro caso. Durante el rápido avance de Talavera a Madrid, y en un asalto a una de las trincheras enemigas, quedó un rojo completamente al descubierto. El capellán lo vió y, previendo acaso que aquel rojo fuera recuperable, intimó a los nacionales a que no disparasen, dio un salto y se abrazó al espantado muchacho, que no comprendía quién podía abrazarle en aquel sitio de muerte. Los soldados tuvieron tiempo apenas para bajar sus fusiles... No se olvidará fácilmente este muchacho, mientras le dure la vida, de aquel abrazo de un capellán, que le salvó de morir en una trinchera roja.

La misma caridad ejercía con los que iban a fusilar. Los reconciliaba con Dios previamente; les incitaba a que perdonaran a los que cumplían la triste

³² Francisco Peiró, o.c., pp. 218-219.

misión de darles muerte; les acompañaba hasta el último trance. Valga este caso entre otros varios que podríamos referir:

“Inmediatamente después de tomar por asalto un pueblo, hubo que sentenciar a muerte a un rojo. El capellán acudió, como siempre, a prestar los últimos consuelos espirituales y humanos al sentenciado. Puesto junto al muro y terminada la confesión, el Padre Huidobro le pregunta en voz alta: “¿Tienes algo que decir a los que te van a fusilar?” “¿Nos perdonas?”, pregunta visiblemente emocionado el oficial que mandaba el piquete. “De todo corazón. No hacéis más que cumplir con vuestro deber”. Y después, volviéndose al capellán: “Padre, ¿no me dejarán insepulto?” “No temas. La justicia te ha condenado a muerte, pero te respeta”. “Gracias, Padre”. Y después de una breve vacilación, con los ojos llenos de lágrimas: “Padre, dame un beso”. Suena la descarga y la justicia se cumple. Los soldados se van y quedan junto al cadáver el capellán y el Oficial, que apenas aciertan a cruzar dos palabras. Pasa por allí entonces un falangista, desgarrado, de tercera o cuarta línea. Ve el cadáver y empieza a mofarse de él. “¡Maldito seas! ¡Canalla!”, le dice. Y le da una patada. El Padre Huidobro no puede contenerse. Salta sobre el falangista, lo agarra por los hombros y le grita a la cara: “El frente está a diez kilómetros de aquí. Si quieres insultar y pegar a los rojos, te vas al frente, cobarde”. Y de un empujón le arrojó carretera adelante. El Oficial se acerca entonces al Padre Huidobro y le dice: “Siento que me le haya quitado usted de entre las manos, porque iba yo a cruzarle la cara con la fusta”³³.

DEFENSA DE LOS PRISIONEROS

Escribió al Mando: “Sobre la aplicación de la pena de muerte en las actuales circunstancias”, y “Normas de conciencia”.

En este trabajo, escrito a máquina entre los afanes de la campaña, dirigido al Mando, difundido entre la oficialidad, desarrollaba estos puntos:

1) Dios, dueño de nuestras vidas, es el único que puede conceder, y concede de hecho, aplicar la pena de muerte para que en todos reine la justicia. Para aplicar esta última pena, se requiere en quien la aplique autoridad delegada de Dios, y en el reo, culpa, de la que conste la gravedad exigida por la ley.

2) Mientras se desarrolla el combate puédese matar al enemigo — inocente o no—, dado que la guerra sea justa. Pero, una vez depuestas las armas, no se puede fusilar a nadie sin antes juzgarlo.

³³ Ib. pp. 224-225.

De que el Padre Huidobro inspiraba estos razonamientos en la doctrina de la Iglesia, mezcla de justicia, porque la exige el mantenimiento del orden, y de misericordia, ofrece elocuente testimonio la aprobación que hizo el Alto Mando³⁴.

Una gran satisfacción recibió el día en que tuvo en sus manos la prueba de que el Supremo Mando aprobaba y hacía suya la doctrina de no matar sin justificación a los prisioneros. El padre Huidobro había escrito al general Franco y su ayudante el teniente coronel Carlos Díaz Varela había retenido la carta, pero al enviarle otra segunda carta, el ayudante del Caudillo le contestó de parte de Franco

“Salamanca, 25 de noviembre de 1936.—Sr. D. Fernando Huidobro. Talavera de la Reina. —Mi estimado capellán y amigo: Ante todo mi sincero deseo de que se cure pronto y bien de su herida, para que pueda volver a cumplir en el Frente su sagrada misión. Después, ruégole me perdone lo que he tardado en contestar a su interesante carta.

Pude enterar de sus quejas a la persona que deseaba. Las encontré justificadísimas y condenó, como se merecen, los excesos que denuncia.

Enemigo sincero de ellos, le aseguro que sólo desea puedan ser señalados sus autores o inductores, para ser sancionados con el rigor que merecen. Son muy lamentables esas extralimitaciones de algunos locos, que sólo sirven para desprestigiar la causa y ofender seriamente a Dios.

El Mando ha prohibido terminantemente lo que en conciencia es rechazable; y velará por que esa desobediencia no se repita.

Deseando que Dios le devuelva pronto la salud que pido para usted, le agradece muy de veras sus oraciones, su afmo. amigo q. b. s. m., Carlos Díaz Varela”.

Con razón podía estar contento el Padre Huidobro. Había recibido la mejor prueba de que los excesos que se hubieran cometido, y que a él le habían dolido tanto, habían sido acciones incontroladas, de particulares, en contra de las normas y de las órdenes de los Jefes; de esas acciones que no pueden faltar en toda obra humana. Humanamente, era imposible el reprimir todo exceso, cuando había centenares de miles de hombres empeñados en una lucha a muerte. Y sobre todo, cuando se daba el que los soldados vencedores de pueblos

³⁴ Francisco Peiró, o.c., pp. 226-227.

liberados, se encontraban, de pronto, con la palpable manifestación de las crueldades perpetradas por los rojos ³⁵.

Por supuesto que se dieron entre los nacionales vergonzosas y aun crueldades particulares, que imposible no se dieran, en medio de la inmensa multitud de hombres armados, escoria que se da en toda obra humana. Pero una cosa es lo aislado, aunque fuese repetido, mas siempre prohibido y en lo posible castigado; y otra cosa es lo ocurrido en el lado rojo. Allí se había implantado, como ley ordinaria, el terror y la tortura y el martirio sistematizado, en grado y número tal, que la Historia de los últimos siglos no presenta hecho análogo con el que compararlo. Allí los asesinatos se dieron a mansalva; y el sadismo y la lujuria más repugnantes. Y no sólo sin el menor esfuerzo de los dirigentes por reprimirlos, sino, las más de las veces, abiertamente consentidos, cuando no impulsados y dirigidos por el Alto Mando y los gobernantes. Nunca las calles de las ciudades de España ni las cunetas de sus carreteras habían sentido el caer de tantos inculpables asesinados.

Esto ocurría en los centros de lucha, y en los campos y en los pueblos y ciudades, lejos del teatro de la guerra; a lo ancho y a lo largo de todo el territorio nacional, sometido aún al dominio marxista.

Equiparar los crímenes y torturas de la zona roja, con excesos de los nacionales, ni en modo ni en cantidad, sobre falso es injusto.

¿Quién se va a atrever a igualar los dos bandos, cuando a los dos meses justos de guerra ya pudo decir el Sumo Pontífice Pío XI:

“Cuanto hay de más humanamente humano y de más divinamente divino: obispos y sacerdotes, vírgenes consagradas a Dios, seglares de toda clase y condición, venerables ancianos, jóvenes en la flor de la vida..., todo ha sido asaltado, arruinado, destruido, con los modos más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino, jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles; que podrían creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta la misma naturaleza humana, aun las más miserable y caída en lo más bajo” ³⁶.

RESPONDIENDO CRÍTICAS

Escribió un artículo respondiendo a un periodista que acusaba a los nacionales de matar a los prisioneros. Contestó así:

³⁵ Valdés Rafael, o.c., p. 518.

³⁶ Ib. p. 520.

En el periódico Vingtième Siècle, a propósito de fuertes acusaciones de Mauriac contra los católicos españoles, y en otros periódicos extranjeros, se ha levantado un clamor de escándalo con motivo de las pretendidas ejecuciones en masa de Badajoz. Nosotros, como españoles y como católicos, condenamos el hecho, si es cierto. Pero, ¿está bien probado? El periodista escribe con vesánica rabia, bien poco evangélica.

¡Señor periodista! Los comunistas asesinan a niños y mujeres, queman vivos, fusilan y despedazan a las personas honradas, a los sacerdotes y católicos, sólo por serlo; desentierran los muertos, violan, destruyen por el fuego todo cuanto tiene algún valor religioso y artístico, por el afán infrahumano de aniquilar y matar. Se ha dado el caso de encerrar en habitaciones rociadas con gasolina a treinta personas, y quemarlas, saboreándose en sus tormentos. No suelen fusilar, sino martirizar.

Si las tropas que tras lucha horrenda lograron entrar en Badajoz, y encontraron con las armas en la mano a los autores de tantos horrores, no a mujeres y niños, sino a soldados armados, no pudieron ser contenidas, y con el furor de la lucha hundieron las bayonetas en el pecho de hombres que se rendían, porque no podían resistir más, y que habían diezmado a la población pacífica, ¿está justificado que, por un hecho aislado de unos soldados, se nos llame horror en Europa y se hable de crueldades sádicas?

Dicen por eso que somos iguales que los otros; cuando dominan los rojos, es el asesinato en masa, la ocupación de las hordas armadas. Y por un hecho aislado, se ponen en pie, y rasgan las vestiduras, y nos echan en cara nada menos que sadismo ³⁷.

SALVANDO ALMAS

El general Vierna manifestó: Antes de sus actuaciones, en la Bandera la indiferencia religiosa o algo peor era la tónica de la legión, pero después de la actuación de nuestro capellán, el cambio fue muy grande y notorio como se refleja en el hecho de que era frecuente ver largas colas de legionarios que aguardaban turno para confesarse y que después se relevaban para recibir la comunión ³⁸.

³⁷ Ib. p. 505.

³⁸ Ib. pp. 213-215.

El día en que iban a tomar los legionarios la Aldea del Prado, se ordenó que un legionario fuera a parlamentar con los hombres que se amontonaban en las entradas del pueblo y que no se sabía si eran rojos o nacionales. El padre Huidobro se ofreció a ir con su crucifijo al pecho. Los hombres del pueblo esperaban recelosos ¿Vendrían los moros a degollarlos? De improviso un hombre, que tomó al capellán como un moro, empezó a decir lleno de miedo: *Paisa, yo no estar rojo. Paisa no matar. Yo besar santo*. Y el pobre hombre tomó y besó el crucifijo. Él mismo se enteró de quién era el moro del crucifijo. Decía: *Cómo estaría yo de aturdido, que tomé al capellán por un moro*. Y me puse a hablar en árabe. ¿En árabe? Pero ¿tú sabes árabe? Un poco, lo aprendí cuando estuve en Alhucemas ³⁹.

Un día iba la Cuarta Bandera por la carretera en dirección a San Martín de Valdeiglesias —declara el comandante, entonces teniente de la Bandera, don Carlos Iniesta— y recuerdo que por orden del comandante que la mandaba correspondía a mi Sección ir de extrema retaguardia para proteger una batería de artillería. Por un enlace recibo un parte por el que se me ordena marchar inmediatamente a proteger a otra Sección que estaba apuradísima y combatiendo cuerpo a cuerpo unos centenares de metros más adelante. Así lo hice, pero al llegar a las proximidades del lugar de combate lo primero que me encuentro es al Padre Huidobro en su Puesto de Socorro, auxiliando a los muertos y heridos. Al preguntarme que adónde iba, le contesté que a cumplir una orden de auxiliar a una Sección, que un poco más adelante luchaba desesperadamente. Me informé por los camilleros del lugar en que exactamente se estaba librando el combate, y el Padre Huidobro me dijo resueltamente que quería ir conmigo. Intenté disuadirle. Le hice ver que su puesto estaba allí, en el Puesto de Socorro, y entonces repuso: “Y los heridos que lo sean en primera línea, si al ser transportados al Puesto de Socorro fallecieran, ¿quién los auxiliaría?” La respuesta era tan lógica que no me atreví a insistir. Nos dirigimos juntos al lugar del combate y poco antes de llegar nos invitó a todos a rezar. Nos dirigió la palabra con frases tan sencillas, pero tan encendidas, que algunos legionarios rompieron a llorar. La impresión que me hizo aquello no se me ha borrado aún de la memoria. Después de su exhortación tan alentadora, nos dió a todos la absolución, y así dispuestos entramos en fuego. Era de admirar la manera como se dirigía a nosotros. Lo hacía con sencillez, pero dejando en nosotros hondas impresiones. Si advertía nuestra emoción, procuraba en seguida, con una dulce sonrisa, quitar importancia a lo que nos aguardaba. Cuando entrábamos en combate, nos daba a besar el Crucifijo, uno a uno, a oficiales y a legionarios, al par que nos dirigía una palabra de aliento y de cariño ⁴⁰.

³⁹ Ib. p. 221.

⁴⁰ Declaración del Comandante Iniesta en Proceso diocesano.

Era ordinario en él suplir a los camilleros, cuando los heridos eran tantos, que ellos no se bastaban. Tan batido estaba el campo en algunos momentos, que la prudencia aconsejaba aguardar a que amainase el fuego, para proceder a la evacuación. Con el Padre Huidobro no rezaban tales cautelas. Uno de esos días un herido yacía abandonado, sin que nadie se decidiera a recogerle. El capellán comprendió que no le podía dejar así. Arrastrándose por el suelo, llegó, lo cargó sobre sus hombros y, tras una marcha penosísima, lo condujo al botiquín de urgencia y allí lo auxilió ⁴¹.

El comandante Mora Requejo dice: El 15 de febrero se había cruzado el río Jarama, y se luchaba muy duramente en los olivares de Arganda. En el ala derecha del frente de la 4.^a Bandera, la situación era muy comprometida, por haber quedado descubierto este flanco, al retroceder algunas unidades propias, muy duramente contraatacadas. Las bajas en aquel sector de la Bandera eran muy numerosas y muy difícil su evacuación. Hubo que renunciar a enviar camilleros, por el excesivo blanco que ofrecían, y aun a toda otra suerte de evacuación, puesto que la retirada de cada herido costaba dos o tres bajas de los que intentaban recogerlos. Aquel día mandaba yo interinamente la Bandera, y por ello el capellán estaba bajo mi dependencia.

En vista de la comprometida situación, que he explicado, vino a pedirme permiso para trasladarse al lugar donde se encontraban los heridos, que por el momento no era posible evacuar. No se lo negué, pero sí le hice constar que, a mi parecer su sitio estaba en el Puesto de Socorro de la Bandera, adonde afluían todos los heridos de la línea de fuego de la misma, y que, si por allí le mataban, podían quedarse sin auxilios espirituales otros muchos, que fueran heridos más tarde.

Nada me respondió el capellán en aquel momento; pero algún tiempo después, como una media hora, le vi venir con un herido grave auestas. Debí de ver alguna reconvención en mis ojos, porque me explicó su proceder con estas o parecidas palabras: “He podido dar la Extremaunción a dos moribundos, y éste es el tercer herido que evacuamos. Si Dios desea que siga ejerciendo mi ministerio, ya me librá de las balas”. Al día siguiente de esto fui yo herido, y recuerdo que, cuando me evacuaban en la camilla, se acercó corriendo el capellán a despedirme, dándome a besar el Crucifijo, que siempre llevaba colgado al pecho.

Una mañana de diciembre explotó una mina en el sector del Clínico. Rechazado, al fin, el enemigo, acudieron los legionarios al lugar de la explosión,

⁴¹ Francisco Peiró, o.c., p. 217.

para auxiliar a los allí caídos. Era una esquina del edificio; solamente quedaba en pie un muro de casi 10 metros de altura, que amenazaba derrumbarse. Dentro del boquete formado por la mina, yacían unos 12, quizá 15, legionarios heridos o muertos. El teniente Canós pidió voluntarios para echarse abajo y salvarlos. Varios vinieron, entre ellos el capellán, aunque el teniente le aconsejaba que no bajase. Pero se presentó allí un comandante de Ingenieros, ordenando se retiren todos, pues el muro se derrumbaría de un momento a otro; además, parecía que otra mina iba a estallar cerca. Se retiraron. El Padre se fue con su ayudante de misa y otro del Estado Mayor. A los pocos momentos, con gran asombro de todos, vieron al Padre dentro del boquete de la explosión, quitando piedras y cascotes y amarrando por la cintura, uno a uno, a los heridos y muertos; desde arriba, los dos legionarios que le habían acompañado, los subían. Así sacaron seis heridos y tres cadáveres. Dios quiso tener Providencia especialísima sobre ellos; no habían pasado ni diez minutos que se habían alejado, y el muro, con gran estruendo, se desplomó.

¿De dónde sacaba fuerzas el Padre Huidobro para poder cargar él solo con un herido, y caminar, y a veces, por trayectos difíciles? No sólo a heridos. Vez hubo que, por medio de los olivares, vino trayendo sobre sí el cadáver de un legionario.

De una manera muy semejante a la anterior, recogió en el Jarama varios cadáveres. Una de estas veces le ocurrió, cuando el Capitán Sánchez Bazcaitegui cayó muerto en el asalto a un olivar, y con él varios legionarios de una Escuadra. Se intentó recogerlos, pero cada vez que se procuraba, los tiros a mansalva obligaban a desistir. Al atardecer se inició otro combate, y entonces el capellán se aprovechó de esta confusión en la lucha, y se arrastró hasta llegar al sitio en donde yacía el capitán, y echándose sobre sus espaldas, logró traerlo, e igualmente a los otros cinco legionarios.

Casos semejantes se repitieron una y muchas veces. El capitán Rodrigo había encargado, como a más antiguo, al legionario don Tomás Morano, que es quien nos ha contado este hecho, que organizase la recogida de una porción de muertos abandonados en el campo. Gran parte de la noche se la pasaron en esta labor humanitaria. Pues allí, sin ser llamado, se presentó el Padre Huidobro a ayudarles, y se cargaba al hombro los cadáveres que había que trasladar.

Y así, sobre sus hombros, de constitución nada hercúlea, cargaba él solo con un hombre, herido o muerto. Aun cuando el peso de esta carga le hacía a veces vacilar, y no le era posible disimularlo. Piénsese en la dificultad que

supone subir o bajar por tierras sin caminos y teniendo a la vez que ir esquivando las balas. Su alma grande suplía a la flaqueza humana ⁴².

ERA UN VALIENTE

Pasaba yo un día por una de las salas de cirugía —cuenta el Padre Luis Ponce de León— con ocasión de habernos llegado una nueva remesa de heridos del frente, y me detuve ante tres fornidos muchachos españoles que en camas contiguas estaban entre los demás moros de la sala:

—*¡Hola, amigos! Qué, ¿sois legionarios?*

—*Sí, señó.*

—*¡Bien! ¡Viva la Legión!... ¿De qué Bandera sois? —De la Cuarta.*

—*¡Hombre! Pues entonces conoceréis al Padre Huidobro, el capellán de la Cuarta.*

—*No sé decirle cómo se llama —responde uno de ellos, andaluz.*

—*Uno delgado, de gafas...*

—*Sí, delgado..., eso é.*

—*Más bien pálido, todo nervio...*

—*Sí, señó, ¡justo! Es el hombre más valiente que yo he visto. Pué uté preguntá a cualquiera de la Bandera... No tié mieo a ná. Le hemo visto a vese vení de un kilómetro con un herío a cuesta y na má que una Crú ar pecho. Hasta un rojo herío a traío así* ⁴³.

En una carta a su hermano Ignacio le dice: *Avanzaba un día, a campo abierto, nuestra Bandera, desplegada por un terreno difícil y algo ondulado. La operación se desenvolvía serenamente, cuando el temido 12,40 empezó a arrojar metralla hacia el flanco derecho. Instintivamente, los de ese lado se repliegan al centro. De improviso, varios advierten: “Los que vienen a nosotros por el flanco opuesto no son nuestros, ¡son rojos!”; y, al mismo tiempo, comienza la artillería enemiga a hacer blanco por ambos costados, obligándonos a irnos reuniendo, apretados, en el único sitio que se veía libre de las granadas: al centro. Estábamos bastante apiñados y esto, como era natural, aumentaba considerablemente el peligro, por la mayor densidad de las tropas, pero no era posible otra cosa.*

La Bandera, internada valientemente en campo rojo, iba a ser atacada en movimiento envolvente. Había que volver atrás; rectificar la línea para hacer

⁴² Valdés Rafael, o.c., pp. 426-428.

⁴³ Francisco Peiró, o.c., p. 222.

frente, y rechazar al enemigo que avanza. Los Jefes dan las órdenes. Se inicia el repliegue.

Pero los rojos quieren impedir, a todo trance, que los nacionales aseguren sus posiciones, y comienzan mortífero tiroteo. En aquel momento, la situación, de difícil, se hace angustiosa. Por el frente aparecen los tanques rusos de guerra, seguidos de infantería roja; nuestras tropas están en descampado, sin protección posible; se vieron perdidos, y viene la orden desesperada: “¡pecho a tierra!”. Se emplazan algunas ametralladoras, para ver si se logra contener el avance. Los tanques han comenzado a hacer fuego. Hay que hundir la cara en tierra, y aun así, hay quienes quedan muertos, con el cerebro abierto por la metralla. Yo también —nos decía el Padre Huidobro— estaba, como los demás, tendido, pegado el rostro con el suelo: no hay más recurso que la oración.

Apretaba contra mi pecho al Señor, que presente lo tenía allí, en la Eucaristía; y con fervor, como rara vez en mi vida, así nos lo aseguraba él mismo, imploraba la protección divina sobre la 4.^a Bandera, puesta en tan angustiosa situación.

Inverosímil se creería lo que sucedió. De la masa gris de legionarios cosidos a la tierra, un hombre se levanta de pronto, pistola en mano; ocho palabras en un grito de heroísmo: “¡Décima Compañía! ¡En pie! ¡Viva España! ¡A ellos!”, y la décima Compañía se lanza a un ataque a la bayoneta. Caen bastantes, pero a la vez han rasgado el aire otros tres gritos: “¡Undécima Compañía! ¡Décimosexta Compañía!”, y un grito de todos: “¡Viva España!”.

Yo entonces, con el crucifijo en la mano, y la Eucaristía al pecho, me lancé también adelante, esforzando, como podía, a los legionarios. Todos corren como un huracán, de frente a la muerte, dando el pecho al fuego.

Y entonces —contaba emocionado el P. Huidobro— ocurrió algo extraordinario. Levantarnos, lanzarnos contra ellos y comenzar a huir los milicianos, fue todo uno. Los ocupantes de los tanques se llenan de pánico, y no aciertan a disparar. El miedo se transmite a la infantería roja, que se desmoraliza completamente, y en pocos minutos los tanques viran en redondo y emprenden la huida con toda la multitud de milicianos. Nuestras bajas fueron menos que las de ellos, y dejaron en nuestras manos multitud de prisioneros.

Aquella noche, sentados en el suelo, rendidos de cansancio, calificaban unánimemente los legionarios, y especialmente los oficiales, aquel hecho como extraordinariamente providencial para nuestros cruzados ⁴⁴.

⁴⁴ Valdés Rafael, o.c., pp. 453-454.

El general Castejón refiere: *Con motivo de la toma de los polvorines de Retamares, el 7 de noviembre, sufrió la Columna de mi nombre un combate durísimo durante todo el día, rebasando las bajas el número de 400, entre muertos y heridos, de 1.800 que componían mi Columna, frente a unos 12.000 del enemigo. No habiendo podido conseguir el objetivo, solicité del Mando superior refuerzos y, entre ellos, me enviaron la Cuarta Bandera del Tercio, a la que pertenecía el Padre Huidobro, y que llegó a las tres y media de la madrugada al objeto de continuar el ataque, tan pronto amaneciese, para lograr nuestro objetivo. Al presentármese el jefe de la Bandera de refuerzo en mi puesto de mando, el Comandante Vierna, consistiendo el puesto de mando en un caserío pequeño de planta baja y al amparo del cual estaban algunos heridos graves y todos los muertos del día anterior, así como el personal de mi Plana Mayor, para resguardarse de la temperatura extremadamente fría, acompañaba al jefe la Bandera el Padre Huidobro.*

Como era imposible reanudar las operaciones hasta que amaneciese, yo dispuse que la Cuarta Bandera descansase en un barranco próximo al lugar. Apenas el Padre Huidobro se percató de la cantidad de muertos y heridos que había en aquel lugar, sin tomarse el menor descanso, comenzó inmediatamente a administrar los sacramentos a los heridos que lo habían menester, y así pasó las horas desde la llegada de la Cuarta Bandera, que fue a las tres y media de la madrugada, hasta las seis de la mañana, que ordené que esta Bandera ocupara su flanco. También aquí hubo bajas y, según era habitual en el capellán, siguió ocupándose en las funciones propias de su ministerio, porque es de advertir que los servicios que prestó, y los heridos a quienes administró en esta madrugada, no pertenecían a su Bandera, ni siquiera a su Columna. A las nueve de la mañana aproximadamente se tomaron todos los objetivos, y la Cuarta Bandera y el Tabor, que vinieron como refuerzo en ayuda de mi Columna, se retiraron ⁴⁵.

HERIDO EN LA PIERNA

El 8 de noviembre de 1936 fue herido en una pierna y evacuado. En carta a su viceprovincial le escribe el 26 de noviembre de 1936: *Ya sabrá que me hirieron en la rodilla. Gracias a Dios la bala me pasó de parte a parte sin romper hueso ni tendón, lo cual es casi milagroso. Ya ve cómo Dios cuida de nosotros. Me pasó la bala por la rodilla, pero iba tan bien dirigida por la providencia que no tocó hueso, cosa bien difícil dado el sitio ⁴⁶.*

⁴⁵ Ib. pp. 228-229.

⁴⁶ Francisco Peiró, o.c., p. 236.

En un artículo periodístico escrito en Griñón, escribió estando herido de la pierna: *Al acordarme de ellos me acuerdo, sobre todo, de la generosidad con que curaban esta mañana en la casita roja, junto al lago, a los heridos de un Batallón de Infantería enemiga que cayeron en sus manos. Mis legionarios no los remataban, sino que llamaban al practicante. Y el comandante Vierna — valiente y cristiano— hacía llamar al médico que les asistiera.*

Soldados de Infantería, pobres mozos del pueblo casi todos, empujados desde los cuarteles al frente bajo la amenaza del fusil y la pistola. Mueren como cristianos, entregando en mis manos sacerdotales sus almas a Dios, y sufren invocando con gritos desgarradores a la Virgen de los Desamparados y a la Virgen del Pilar. ¿Cómo podré olvidar yo a aquel pobrecito, un niño casi, que me abraza con el ansia desesperada con que resiste la vida joven a hundirse en el agujero oscuro de la muerte?... ¡Sálvame, sálvame, sálvame!... Y cubría de besos de fe ardiente el Santo Cristo de mi pecho. La caridad cristiana con que les trataban mis legionarios herirá la suspicacia de todos los valientes de pega, cuyo ánimo esforzado les lleva a desear muchos fusilamientos..., quedándose ellos, tal vez, a retaguardia. Es de pueblos primitivos y bárbaros pasar a cuchillo al caído. Mis legionarios saben luchar a muerte. No saben rebajarse en la crueldad. Y su buen sentido español, su pensar dócil y recto, les hace ver que ni es lo más útil acabar con la fuerza del trabajo, cuando, concentrados los prisioneros, podrían servir a la gran obra de reconstrucción que ahora em pieza; ni son culpables todos los llevados como reses de un rebaño a la carnicería del frente. No voy a decir que respeto otras opiniones. Cuando veo clara la verdad, he jurado defenderla hasta la muerte. Aunque el error sea, como suele ser, dueño de la mayoría. Fernando de Huidobro, Capellán de la Cuarta Bandera del Tercio. Hospital de Sangre de Griñón. 9 de noviembre de 1936 ⁴⁷.

PREDICANDO DESDE LA TRINCHERA

En el frente de Madrid las trincheras rojas y nacionales estaban muy cerca. Él se puso a hablar por un megáfono a los marxistas: Varias noches les siguió hablando por la bocina del gramófono desde aquel mismo sitio, en el piso alto del Clínico... Ya desde bastantes semanas antes, la proximidad de los frentes había dado lugar a diálogos entre ambos campos. Al principio, los rojos empleaban un lenguaje procaz, plagado de insultos; y, es claro, los legionarios se ponían a tono para responderles. Cuando el Padre comenzó, los rojos destacaron para estas intervenciones a sus mejores oradores, con el fin de quebrar la moral de los nacionales. Pero el capellán, aunque en las primeras veces tuvo que aguantar algunas demostraciones nada correctas, pero, al fin,

⁴⁷ Ib. pp. 238-239.

logró imponerse de tal manera que aun los contrarios le escuchaban con el mayor silencio y respeto; les gustaban estas charlas. Hasta llegaron alguna vez, desde las líneas rojas, a llamar a uno de los centinelas para pedirle que volviera a hablar aquel oficial que les había dirigido la palabra en la noche anterior, pues les había agradado mucho. Era esto natural, pues el Padre no les hablaba de odios, sino que solamente proclamaba la caridad y el amor.

A él solían escucharle atentos; en cambio, en otras ocasiones, en que se ponía a decirles algo cualquier otro soldado, se armaba enorme confusión de gritos e insultos.

“Yo —dice el legionario Luis del Castillo— me ponía a veces a hablarles, y no me dejaban seguir, sino que en seguida pedían hablase él. Aun cuando el Pater procuraba ocultarles su condición de capellán, no lo logró, sino a medias. Una de las noches, un miliciano interrumpió de pronto su charla, gritándole: “¡Tú eres un cura!”. Ya en adelante no fue posible negarlo, y aun abiertamente preguntaban por el Padrecito.

El comandante Canós atribuye a estas charlas el que muchos, convencidos por la palabra del Padre, se fueron pasando en aquel tiempo, de las filas rojas a la nuestras ⁴⁸.

OFRECIMIENTO DE SU VIDA

Su valentía llegó al extremo de dar la vida por sus amigos y Jesús dice: *Nadie tiene mayor amor que él que da la vida por sus amigos* (Jn 15,13). Y podía decir con Jesús: *Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente* (Jn 10,18). Él había ofrecido su vida al Señor por la salvación eterna de sus legionarios.

Al padre Gómez Acebo le escribe: *Mientras yo estaba bien cuidado en la cama, iban llegando noticias de bajas y bajas, de este y aquel por quienes yo por su salvación eterna tenía ofrecida a Dios mi vida ⁴⁹. A su hermano Ignacio le dice: *Estoy con un sentimiento de que la próxima herida será mortal ⁵⁰.**

Y añade: *He visto llorar a los legionarios junto a mi camilla, cuando me traían. ¿Tú sabes lo que es ver que no pueden entrar en fuego sin llamarme para besar el crucifijo y con qué fervor le miran y le hablan ⁵¹.*

⁴⁸ Valdés Rafael, o.c., p. 462.

⁴⁹ Francisco Peiró, o.c., p. 236.

⁵⁰ Ib. p. 237.

⁵¹ Ibídem.

Sor Purificación Palanca dice: *Hablando una vez con él, le dije: Voy a pedir para que tenga suerte. Me contestó: “Todos me dicen igual. No pidan eso, sino que se cumpla la voluntad de Dios. Yo tengo el presentimiento de que he de morir en esta guerra* ⁵².

LAS MINAS

Estando los legionarios estacionados en el Hospital clínico cerca de Madrid, explotó una mina subterránea que habían colocado los rojos. Los cogió enteramente desprevenidos y murió casi una compañía de legionarios. La segunda mina fue el 13 de enero de 1937.

En una explosión del 13 de enero, escribe al Padre Olleros: “Yo perdí la Capilla y los ornamentos, que quedaron sepultados bajo enormes bloques de cemento. Y sobre mi cama, ripio y cascote que hubieran bastado para mandarme al otro mundo, si Dios no me tuviera señalado otra hora”. Esta segunda mina, en medio de su devastación y de sus horrores, tuvo una nota muy consoladora para nuestro capellán, que fue el rescate del alférez Moncho. Era éste José Moncho Escape, alférez de la 16.ª Compañía, un sujeto descreído, blasfemo y rebelde a todo lo que no fuera el cumplimiento inmediato y exacto del deber militar. Como en la mesa ocupaba el lugar inmediato al del Padre capellán, procuraba éste, con un verdadero derroche de habilidad y de paciencia, esforzarse todo lo posible por ganárselo para Dios. “A nosotros —dice el sargento Gutiérrez, que lo refiere— nos parecía tarea imposible y le decíamos que no se molestara, que el alférez Moncho era “un hueso difícil de roer”. En el asalto, con ocasión de la segunda mina, el alférez Moncho recibió en el vientre un balazo mortal de bala explosiva. Apenas cundió la noticia de que habían herido de muerte al alférez Moncho, sin reparar en el peligro, por en medio de una lluvia de balas, llegó nuestro capellán adonde yacía, tendido en una camilla, nuestro heroico alférez, quien al ver al capellán acercarse a él, levantó los brazos y exclamó —cosa extraña en él—: “¡Viva Dios!” El Padre Huidobro se acercó a él, le confesó, le absolvió e inmediatamente le dió el Santo Viático, que era —dice el sargento Gutiérrez— la Primera Comunión del alférez Moncho”.

Aun vivió Moncho dos días, que el Padre Huidobro aprovechó para que muriera con todos los auxilios espirituales. Herido mortalmente, cubría de besos como un niño el Crucifijo del Capellán durante la cura, como preparándose para subir a ver y contemplar la misma cara de Dios. Tanto impresionó la conversión de Moncho al capellán que, a pesar de que por costumbre no solía otorgar importancia alguna a sus hechos, a éste le consagró especial mención, dedicándole un artículo necrológico y conmemorativo. A Moncho le faltaba la fe.

⁵² Ib. p. 242.

Pero era un ejemplar típico de valor y de rectitud, estampa viva de un auténtico legionario. En el aniversario de su muerte, el Alto Mando Nacional le concedió la Cruz Laureada de San Fernando.

Aún no repuestos de la terrible impresión producida por la mina del día 13, dos nuevas explosiones, acaecidas el domingo 17 a las siete y cuarto de la mañana, arrancaban de sus cimientos dos grandes cuerpos de nueve pisos de aquel inmenso y agujereado edificio que era el Clínico y hacían correr la alarma aun entre aquellos que, en previsión de nuevas voladuras, dormían fuera de él. Pero dejemos relatarlo al propio Padre Huidobro en carta que escribe a 27 de enero de 1937 al Padre Olleros y demás escolares filósofos del Pignatelli.

“Vistiéndome estaba a las siete y cuarto del domingo 17, cuando un enorme temblor de tierra y una lluvia de cascote de ladrillos y piedras nos avisó a todos de que había reventado la mina y había lanzado al aire el edificio. Por diez minutos no me cogió debajo. Me lancé al punto fuera de mi barracón y eché a correr hacia el Clínico, separado de nuestra casa como 200 metros. Para que no se pudiese socorrer a los que allí quedaban, una cortina de fuego de artillería trataba de cerrar el paso. No había más solución que lanzarse a la carrera bajo los cañonazos, y así pasamos todos dejando unos cuantos heridos. Las dos minas habían derribado lo que quedaba en pie del frente Sur del edificio, y al punto los rojos, preparados al asalto, se metieron entre las ruinas en un patio donde una sola Sección les hacía frente. Yo, desde el primer momento, tuve que acudir a muchos heridos, animarles, consolarles, administrarles los últimos auxilios espirituales.

En una rotonda del edificio, próxima al lugar del combate, se instaló en seguida el Puesto de Socorro. Allí llegó, sangrando por la cabeza, un chico joven de Madrid, que la noche antes se había confesado conmigo, diciéndome con pasmosa serenidad: “Padre, esto se pone mal; vamos a prepararnos”. “¿Qué es eso?”— le pregunté, alarmado. “Pero ¿no se acuerda de lo que le dije ayer? —me contestó sin inmutarse—. Le vendaron y volvió a los escombros. Al poco rato vino de nuevo con una herida en un brazo y otra en una pierna, y tuvo al fin que tenderse en la camilla. Otro también que, después de muchos años, había hecho la víspera una larga confesión, llegó casi moribundo. Tres oficiales cayeron en los primeros momentos. “Padre, estoy herido —me gritaba uno desde su camilla—, pero ¡Viva España!, ¡Viva Dios!, Ellos morían en el hospital aquella tarde.

Quejidos de los heridos, cañonazos de grueso calibre que seguían desmoronando la casa, golpes de mortero sobre los escombros, donde mucha gente se parapetaba después de rechazado el enemigo; tendidos boca arriba varios cadáveres de gente a quien no había podido auxiliar porque, cuando supe

de ellos, ya estaban muertos...; esta era la escena. Aprovecho unos momentos para recorrer los retenes, dando a besar el Crucifijo y haciendo acto de contrición con todos y dándoles la “absolución sub conditione” y en común. A media mañana, no resuelta todavía la situación, me dicen que hay dos o tres enterrados vivos con los que han hablado los legionarios. El capitán se opone a que se organice el servicio de salvamento, porque sobre el sitio donde están caen bombas de mortero y no se les podría socorrer sin exponer a otros, mientras que ellos están cubiertos por losas de hormigón. Pero ¿se les puede dejar en esta situación? ¿Y si tenemos que replegarnos? Quedarán prisioneros sin remedio y los fusilarán. Tendré que hablarles y darles la absolución. Detrás de un legionario me lanzo a las ruinas, batidas por el enemigo. Tengo estricta obligación de hacerlo. Mientras me detengo, hablando con unos soldados, hieren a mi compañero, que se había adelantado un poco. Al rato murió. Yo llego a la boca de la cueva donde están metidos, casi milagrosamente ilesos. Les animo, les consuelo, les doy la absolución y les aseguro que no les dejaremos allí. Hierros retorcidos de la armadura de una columna de cemento hacen imposible su salida. Vuelvo sin novedad. Hablo con el Comandante y éste envía a buscar ingenieros con sierra de serrar metales, que rompen al fin la jaula y sacan a los legionarios, que han estado en el reino de los muertos desde las siete y cuarto de la mañana hasta la una y media de la tarde. ¡Cuántas cosas habrán pasado por sus almas en ese tiempo de gracia! En la primera ocasión que han tenido confiesan y comulgan... Por la tarde ya no hay bajas nuestras. El heroísmo de los legionarios ha salvado la situación. La noche la pasé en oración —aunque vencido a veces por el sueño— en un sótano del fatídico Hospital. En los días siguientes ha habido cosecha espiritual copiosa. ¿Qué es vivir sobre terreno minado sin saber cuándo le tocará a uno volar? Así, junto a la muerte se dilatan los corazones y viven las almas cerca de Dios. Todas las tardes tengo que ir con ellos. Y rezamos juntos. Y vuelven al Señor muchos que estaban lejos. Y todos aprendemos a estar en las manos de Dios y a despreciar la vida ⁵³.

COMBATES EN EL JARAMA

El 31 de enero de 1937, los de la Cuarta Bandera de la legión donde estaba el padre Huidobro, se replegaron para descansar unos días. Como había habido muchas bajas, decidió que en Toledo donde estaban descansando celebraran un funeral solemne por todos los caídos. Se celebró el 4 de febrero. Fue una misa de difuntos cantada por el propio capellán. Asistieron todos, desde el comandante hasta los recién incorporados a la Bandera legionaria. La iglesia estaba rebosando de gente. Fue un éxito, humanamente hablando, y todos quedaron emocionados y con ánimo de seguir luchando por Dios y por España.

⁵³ Ib. pp. 254-257.

Después ordenaron el traslado de la Cuarta Bandera hacia el Jarama para poder liberar la carretera de Madrid a Andalucía. Los combates fueron feroces. Tres brigadas internacionales y un batallón de campesinos con un total de 20.000 hombres luchaba contra unos 2.000 de las fuerzas nacionales. Otro día, antes de entrar en batalla, que se preveía muy intensa, se puso el primero y todos iban pasando de uno en uno, besando su crucifijo. Uno de los muertos fue un sargento que momentos antes le había entregado una medalla y una cartera para entregarla a su madre, que vivía en Argentina en caso de fallecer.

Ese mismo día el padre fue hacia un herido caído en descampado. Le dijo a unos camilleros: *De prisa, de prisa*. Un mortero cayó junto a la camilla y no estalló. Poco después otro y tampoco estalló. Un tercer mortero tampoco estalló. Parecía cosa de milagro, estando al descampado. Y mientras los legionarios avanzaban abriéndose paso con granadas de mano, el padre, levantando el crucifijo, bendecía y absolvía de sus pecados a los que iban cayendo.

Terminada la operación, el Padre Huidobro quedó solo en el campo ya que había visto a un sargento de la legión que se estaba desangrando y eran tales sus sufrimientos que pensaba en suicidarse, pero Dios se compadeció y el padre, como un ángel, fue a auxiliarlo. Lo abrazó, lavó sus heridas, lo consoló y tuvo tiempo de confesarlo, consiguiendo que muriera como un justo de Dios ⁵⁴.

NAVIDAD Y SEMANA SANTA

Las fiestas de Navidad de 1936 quiso celebrarlas solemnemente. Como no tenía nada, los legionarios saltaron el parapeto y sin saber cómo ni de dónde, probablemente del antiguo Asilo de Santa Cristina, trajeron altar, ornamentos, tres o cuatro imágenes, candelabros, bancos, reclinatorios, cera y hasta figuras para el Nacimiento y como centro de todo el Niño Jesús, reclinado en su cunita. Con todo eso, celebró la misa con villancicos y adoración del Niño, cuyos piececitos fueron besando los legionarios uno a uno. Después comulgaron unos 60. Al día siguiente, lo hicieron más de un centenar ⁵⁵.

El día de Jueves Santo, la noche del 25 al 26 de marzo de 1937, organizó un solemne monumento según sus posibilidades en una chabola resguardada de las balas. Convirtió unas cajas de municiones en gradas y en altar y quedó así formado el Monumento. Celebró la misa y formó turnos de vela entre oficiales y legionarios para hacer guardia hasta llegada la noche. Y los demás, que no

⁵⁴ Ib. pp. 266-267.

⁵⁵ Francisco Peiró, o.c., pp. 249-250.

estaban de turno, no dejaban de hacer visitas desde sus posiciones. Al atardecer tuvo una Hora Santa ⁵⁶.

El Padre Fernando Huidobro nunca dejó de rezar el Oficio divino, aunque fuera en la noche a la luz de una vela. Todos los días celebró la misa como centro y fundamento de su vida sacerdotal. Los días que había acciones especiales se le veía a las dos o tres de la mañana, cuidando de preparar la misa y poder ofrecer a los demás el consuelo de oírla. No reparaba en sacrificios, aunque fuera exponiendo su vida. Sobre unas cajas, encima de una mesa, en la plataforma de un carro de combate o donde pudiera, instalaba su altar.

El 5 de abril de 1937 hizo su profesión solemne con el fervor de toda su alma y la renovación del ofrecimiento de su vida al Señor por la salvación de sus legionarios. En carta a su hermano Ignacio le escribe: Por una parte deseo trabajar aún mucho por una España íntegramente católica pero por otro lado está la necesidad de morir para dar fruto como Cristo ⁵⁷.

SU MUERTE

El comandante Iniesta dice: *El día 8 de abril el enemigo inició un gran ataque que duró cinco días. Se intensificó el 11. El Padre Huidobro se encontraba en el lugar de más peligro de las trincheras llenas de heridos y aun de muertos. Le ordené que se retirara al Botiquín. Obedeció y, cuando ya marchaba, me dijo si tenía la medalla milagrosa. Se la di a besar y partió Llegó al Botiquín abarrotado de heridos, absolviendo y administrando los últimos sacramentos. Estaba en esta tarea cuando entró un proyectil de artillería, que hizo explosión en el interior, ocasionando su muerte instantánea y la de algunos legionarios. Al verlo, me postré junto a su cadáver* ⁵⁸.

El día 13 salió encerrado el cadáver en una caja; y en una camioneta lo llevaron a Toledo con el propósito de inhumarlo en el cementerio de esa capital. El hermano Zurbano refiere que destapó el cadáver del Padre, que estaba cubierto por un capote, y le hizo notar el médico que llevaba ya cerca de tres días y conservaba el color natural y la rigidez no era extraordinaria. Tenía la cabeza por detrás destrozada y para trasladarlo a la caja, tuvimos previamente que liarle la cabeza ⁵⁹.

⁵⁶ Ib. p. 269.

⁵⁷ Ib. p. 287.

⁵⁸ Declaración del comandante Iniesta en el Proceso legionario, Ib. p. 289.

⁵⁹ Francisco Peiró, o.c., pp. 292-293.

Luego los legionarios recogieron sus restos y el general Iruretagoyena, su Estado Mayor, los ayudantes y un puñado de hombres, lo acompañamos mientras rezaban las preces rituales. Pocas horas después, entrada la noche, hacía su aparición en el cementerio de Boadilla el capellán padre Val, acompañado de varios legionarios, que cubrieron de flores el nicho así como la sepultura de otros caídos gloriosamente en la Cuesta de las Perdices por Dios y por España. El viernes 16 se celebraron solemnes honras fúnebres por su eterno descanso en la iglesia de san Ildefonso de Toledo.

El 6 de noviembre de 1943 fueron trasladados sus restos al cementerio del noviciado de Aranjuez . Como diría el poeta:

*De los que mueren, dándonos ejemplo.
Las tumbas, no son tumbas, son un templo.*

Como muestra un ejemplo: Estaba de cuerpo presente el Padre Huidobro y un legionario que trajeron herido al puesto de Evacuación de Aravaca dijo: *Récele un responso de mi parte y un padrenuestro, porque todos lo queríamos mucho, como a nuestro padre y era tan bueno que de seguro estará velando por nosotros en el cielo. Y al terminar dijo: ¿Ve usted? Hasta me parece que ya no tengo dolores y que me hace menos daño la herida* ⁶⁰.

En su lápida colocaron esta inscripción: *Fernando de Huidobro y Polanco, s. j. capellán voluntario de la legión. Murió heroicamente asistiendo a los heridos de su Bandera en el frente de Aravaca (Madrid) el 11 de abril de 1937, a los 34 años de edad. Está en Roma el proceso de beatificación y canonización. Rogad a Dios por que la Iglesia le otorgue pronto la glorificación de los santos* ⁶¹.

El capitán de la legión Francisco Canós escribió: *Ahora la legión, expectante, aguarda el término de la Causa de beatificación. Porque la legión, que tuvo de todo: hombres esforzados, mártires y héroes, si Dios lo permite y Roma lo proclama, tendrá también un santo, que pudiera llevar este nombre rotundo: San Fernando de la legión.* De hecho, el 8 de enero de 2021 se reanudó la Causa de su beatificación que había sido detenida y esperamos que pronto se cumplan esos deseos y todos podamos invocarlo como a un santo para gloria de España, de la Iglesia y del mundo entero.

Murió el 11 de abril de 1937. El 13 fue sepultado en el cementerio de Boadilla del Monte. En 1943 fueron trasladados sus restos al cementerio del

⁶⁰ Ib. p. 296.

⁶¹ Valdés Rafael, o.c., p. 575.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrarás Joaquín, *Historia de la Cruzada española*, Madrid, 1942.
- Aznar Manuel, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)* Madrid, 1940.
- Peiró Francisco, *Fernando de Huidobro, jesuita y legionario*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1951.
- Peiró Francisco, *Posiciones y artículos para el Proceso sobre la fama de santidad del siervo de Dios P. Fernando de Huidobro*, 1946.
- Proceso diocesano de beatificación y canonización del padre Fernando de Huidobro.
- P. Fernando Huidobro, *Epistolario y Diario íntimo*.
- Tovar Jaime, *El padre Huidobro, legionario y santo*, 2003.
- Valdés Rafael, *Fernando Huidobro, intelectual y héroe*, segunda edición, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1966.